

VIRTUD CORONADA: CARLOS II Y LA PIEDAD DE LA CASA DE AUSTRIA

Antonio Álvarez-Ossorio Alvariño

1. Lecturas de un grabado

Hay imágenes que tienden a repetirse dentro del repertorio gráfico que ilustran los manuales de historia de España. Cuando los libros se adentran en las ténebras postrimerías del siglo XVII por lo general se reproducen alguno de los retratos del Rey Hechizado que realizó el pintor de cámara Carreño de Miranda (acompañado de una inevitable nota a pie donde se establece un paralelismo entre la endeblez física del soberano y la postración de la monarquía), los *Jeroglíficos* de Valdés Leal y la *Adoración de la Sagrada Forma* de Claudio Coello. Junto a las grandes pinturas a veces figura un pequeño grabado en el que se representa al rey Carlos II arrodillado en medio de un camino a las afueras de Madrid y con ademán de ceder cortésmente su carroza a un sacerdote que porta el viático. Una multitud fervorosa contempla la piadosa acción de su soberano. Al fondo de la estampa se distingue el Alcázar de Madrid y, en lo alto, se dibuja entre las nubes una Corte celestial presidida por la imagen de la Iglesia, esposa de Cristo. La escena se suele comentar en los manuales haciendo referencia a la devoción barroca y contrarreformista de la realeza hispana. Sin embargo, puede ser interesante partir de esta imagen para esclarecer los dos grandes temas que palpitan tras las preciosas líneas del grabado: la Casa y la sucesión. A través de las lecturas que admite esta estampa podemos indagar en los principios legitimadores del providencialismo de la Casa de Austria y en las actitudes de un monarca ante el riesgo de extinción de su linaje.

El autor del grabado fue el holandés Romeyn de Hooghe quien puso su virtuosidad técnica como pintor, orfebre y grabador al servicio de las principales cortes de Europa y, en particular, de la Casa de Orange¹. Sin duda la acción piadosa que refleja la estampa puede considerarse un hito

¹ Sobre Romeyn de Hooghe consúltese LANDWEHR, J., *Romeyn de Hooghe (1645-1708) as book illustrator. A bibliography*, Amsterdam 1970 e Id., *Romeyn de Hooghe, the etcher: contemporary portrayal of Europe, 1662-1707*, Leiden 1973 (p. 51 sobre la atribución del grabado que, acompañado de un poema latino de P. Manuel Van-Outers relatando el suceso, apareció en el libro de D. Papebrochius, *Conatus Chronico-historicus*, Amberes 1685). De Hooghe trabajó sobre todo para Guillermo III de Orange y sus aliados, los príncipes europeos opuestos al expansionismo territorial de la Francia de Luis XIV. Entre los contados grabados en los que ensalza al Rey Católico destaca la *Alegoría de Carlos II* (ibid., p. 235), siendo más numerosas las representaciones de los triunfos de la otra rama de la Casa de Austria.

en el titubeante proceso de fabricar una imagen del rey Carlos II, si bien éste jamás llegó a alcanzar la intensidad creativa de los proyectos iconográficos de su cuñado Luis XIV ni los de su padre Felipe IV². Cuando nació Carlos ya había fallecido Velázquez y por tanto quedó excluido del magnífico ciclo de retratos de príncipes e infantas en el que tantas veces aparece su hermana Margarita. Desde 1665 el ascenso al trono reforzó la proyección iconográfica del joven rey pero su figura quedaba por lo general eclipsada por aquellos personajes que ejercían el gobierno universal de la monarquía y que asumían con mayor o menor legitimidad las competencias de un tutor: su madre, la Reina Gobernadora Mariana de Austria y, a partir de 1677, Juan José de Austria³. La tensa pugna de facciones aristocráticas que provocó el final de la regencia supuso un cuestionamiento de la autoridad real sin precedentes en la Castilla del siglo XVII, en particular a causa de la difusión por medio de pasquines, sátiras y tratados políticos de tres imágenes que incapacitaban a Carlos II para el ejercicio de la potestad suprema: las de Rey Niño, Rey Prisionero y Rey Hechizado⁴. Durante la década de los ochenta determinados actos piadosos y celebracio-

² BURKE, P., analiza los avatares de las imágenes del Rey Cristianísimo en *La fabricación de Luis XIV*, Madrid 1995, mientras que sobre la representación de Felipe IV vid. J. Brown y J. H. Elliott, *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid 1981. Véase además CHECA CREMADES, F., *Carlos V y la imagen del héroe en el Renacimiento*, Madrid 1987.

³ Merecen un estudio más detenido la amplia producción de grabados, pinturas y tratados que vieron la luz durante la menor edad del rey tanto en Madrid como en los reinos y señoríos más remotos de la monarquía y que por lo general ensalzaban el gobierno de la regencia con argumentos históricos e imágenes político-sacrales. Con respecto a la interpretación simbólica de los retratos de Carlos II en el Salón de los Espejos del Alcázar realizados por Carreño de Miranda S. Sebastián ha llamado la atención sobre el significado emblemático de los elementos que aparecen en el fondo: el león, las águilas, los espejos,... (*Emblemática e Historia del Arte*, Madrid 1995, pp. 249-254) mientras que N. S. Orso ha reconstruido el programa iconográfico del Salón de los Espejos destinado a exaltar a los monarcas hispanos de la Casa de Austria como príncipes virtuosos ("A lesson learned: *Las Meninas* and the state portraits of Juan Carreño de Miranda", *Record of the Art Museum Princeton University*, vol. 41, n.º 2, pp. 24-34). Para una interpretación del retrato de Carlos II como Gran Maestre de la Orden del Toisón de Oro pintado ya en 1677 por Carreño vid. I. Díez del Corral, "Meditación ante un cuadro de Carreño", en AA. VV., *Aspectos del Barroco: el ámbito de Carreño*, Avilés 1985, pp. 155-189. En lo referente a los retratos de Mariana de Austria con tocas de viuda sentada en un escritorio en el Salón de los Espejos que realizó Carreño entre 1670 y 1675 considero que se debe subrayar el carácter novedoso de la representación de una persona real de la Casa de Austria hispana en el ejercicio cotidiano de la labor de gobierno. Así, Mariana aparece en su calidad de "Reina Gobernadora" de los reinos de la monarquía de España desempeñando el 'oficio de rey', es decir, rodeada de papeles, plumas y tinteros y respondiendo a las consultas de los Consejos y de la Junta de Gobierno y a los memoriales de particulares. Independientemente de sus aciertos y fracasos como regente, Mariana siempre tuvo una visión clara de sus obligaciones de gobierno, evitando que la alta aristocracia hispana volviese a controlar el puesto de válido y creando resortes ejecutivos para imponer sus decisiones. De esta forma los retratos representaban a la reina gobernadora en el despacho evitando, para reforzar la imagen de autoridad, la presencia de quienes habitualmente la asistían en esta función, como el secretario del despacho universal Pedro Fernández del Campo o el privado Fernando Valenzuela. El más explícito e innovador de todos los retratos es el que se encuentra en la Galería Nacional de Poznań (Polonia).

⁴ Sobre la formulación por parte de la aristocracia de imágenes de Carlos II asociadas a la idea de "Rex Inutilis" y a la noción de 'acedia' del monarca entre noviembre de 1675 y diciembre de 1676 cfr. ÁLVAREZ-OSORRIO ALVAREÑO, A., "El Favor Real: liberalidad del príncipe y jerarquía de la república (1665-1700)", en CONTINISIO, Ch., y MOZZARELLI, C. (comps.), *Repubblica e Virtù. Pensiero Politico e Monarchia Cattolica*, Roma 1995, pp. 393-543. Conviene tener presente la trascendencia constitucional de estas imágenes: pocos años antes, en el reino de Portugal se había apartado del trono a Alfonso VI aplicando la doctrina de la incapacidad del rey. La debilidad de la autoridad del monarca durante los años finales de la regencia también tiene una representación gráfica: un retrato realizado por C. Decler en el que figura Carlos II de pie junto a una mesa sobre la cual la Corona real, en vez de reposar, se tambalea ostensiblemente y parece que va a caer al suelo. Este curioso grabado figura en la obra *Arca Noe* publicada en Amsterdam en 1675 y dedicada a Carlos II (cfr. GÓMEZ DE LIANO, I., *Athanasius Kircher. Itinerario del Éxtasis o las imágenes de un saber universal*, Madrid 1990, p. 47). El autor del tratado era el jesuita Athanasius Kircher quien estaría al tanto de las novedades de la Corte madrileña dado que su Compañía, en cuyo Colegio romano él residía, se distinguió por el apoyo prestado a la facción de la reina Mariana de Austria. La dedicatoria a Carlos II, rubricada el 24 de junio de 1673, comienza advirtiendo "Me refiero al arca, rey soberano, no de Pandora..." (*El Arca de Noé*, ed. A. Martínez Tomás, Madrid 1989, p. XXI).

nes litúrgicas, como bodas reales y autos de fe, sirvieron para restablecer públicamente la reputación de aquellas instancias cuya autoridad había sido desafiada durante los turbulentos meses de 1676 y 1677, especialmente de la corona. En este contexto se debe enmarcar el significado político de la pintura que Claudio Coello pintó para la sacristía del real monasterio de El Escorial, si bien la figura del monarca parece empujarse de forma significativa en medio de su Corte: el séquito de grandes y clérigos que le rodean⁵. Conviene subrayar la circunstancia de que tanto la pintura de Claudio Coello como el grabado de Hooghe representan la *Pietas Eucharistica* de un monarca, vinculada a los tópicos que ensalzaban la devoción en un príncipe católico.

Durante el siglo XVII se fueron configurando en los reinos europeos diversas teorías en torno a la naturaleza del poder político, sus fines y medios de actuación. Tales reflexiones se plasmaban no sólo en tratados, sino que también podían expresarse en imágenes, emblemas y símbolos acordes a la impronta visual de la cultura del Seiscientos⁶. Los discursos sobre la majestad se representan en diversos escenarios ya sea en el teatro, en la arquitectura efímera o en un grabado. Imágenes y palabras constituyen los componentes indisolubles de la cultura política barroca. Entre los planteamientos sobre el origen y la práctica del poder en la monarquía de España destaca una reformulación católica de la idea del *Príncipe Cristiano* que será uno de los principales arquetipos propuestos, si bien con diferentes e importantes matices según los autores que lo planteen y los ministros reales que adapten este ideal al go-

⁵ El cuadro representa la procesión solemne de colocación de las Santas Formas que tuvo lugar el 19 de octubre de 1684. Carlos II aparece asistido por varios Grandes y títulos de España (el primer ministro duque de Medinaceli, Antonio de Toledo, el duque de Medinasisdonia, el conde de Baños, el duque de Pastrana y el marqués de la Puebla) y arrodillado en el recinto sagrado del monasterio que había sido profanado en enero de 1677 por las tropas que dirigían dos aristócratas presentes en la procesión: el duque de Medinasisdonia y el primogénito del duque de Alba, quienes de forma inmediata fueron excomulgados por profanar el templo y por violar la inmunidad eclesiástica que amparaba al fugitivo Valenzuela. A fin de obtener del pontífice la absolución para los nobles excomulgados Carlos II se comprometió a hacer un lujoso regalo de plata sobredorada al monasterio y asimismo se comenzó a erigir en la sacristía de San Lorenzo el Real la capilla de las Santas Formas trazada por Francisco Rizi y acabada por su discípulo Claudio Coello. Este modificó la composición proyectada por su maestro y, como afirma Antonio Palomino, "respecto de que el asunto del cuadro era la Procesión solemne de la colocación de dichas Santas Formas, con asistencia del Rey nuestro señor, y toda la primera nobleza, hubo de hacer retratos, no sólo del Rey, sino de todos los asistentes a la función" (*Vidas*, ed. N. Ayala Mallory, Madrid 1986, p. 320). Así, la alta aristocracia se convirtió en la protagonista indiscutible de un retrato colectivo destinado a conmemorar la reconciliación entre la comunidad monástica, el rey y la grandeza de España. La pintura de Coello, realizada entre 1685 y 1690, se puede considerar la representación visual de un sistema de gobierno finisecular por el que los grandes no sólo controlaban la Casa y Corte del monarca sino que también detentaban el gobierno universal de la monarquía a través del Consejo de Estado, de las presidencias y asientos de capa y espada en los Consejos, y se sucedían en el cargo de primer ministro sin sufrir las enojosas intromisiones de advenedizos o bastardos reales (el conde de Oropesa pertenecía a la alta aristocracia aunque obtuviese el grandato durante el valimiento). El duque de Medinaceli, valido de Carlos II entre 1680 y 1685, aparece en la pintura de Claudio Coello junto al rey, todo un símbolo del interés conciliador de uno de los grandes que, como el conde de Oropesa, habían optado por una vía intermedia evitando participar en el "pronunciamento" aristocrático de diciembre de 1676. Un detallado análisis de las circunstancias de este cuadro en E. J. Sullivan, *Baroque painting in Madrid. The contribution of Claudio Coello, with a Catalogue raisonné of his works*, Columbia 1986, pp. 62-79. Me parecería interesante averiguar la influencia que tuvo en Coello una composición muy similar pintada en 1683 por Pedro Ruiz González (*El rey Carlos II adorando la Eucaristía*, reproducida en *ibid.*, p. 70).

⁶ DE LA FLOR F. R., *Emblemas. Lecturas de la imagen simbólica*, Madrid 1995; J. M. González de Zarate, "La Emblemática. Una cultura visual y filosófica", en *Emblemas Regio-Políticos de Juan de Solorzano*, Madrid 1987, pp. 3-32 y VV. AA., *Immagini della Spagna Barocca. Monarchia e Religione*, Roma 1991. Aun siendo notorias no por ello dejaré de mencionar tres obras pioneras: M. Praz, *Studies in Seventeenth Century Imagery*, Londres 1939-1947; y GÁLLEGO, J., *Vision et symboles dans la peinture espagnole au siècle d'or*, París 1968 (edición en castellano en Madrid 1972); y MARVALL, J. A., *La cultura del Barroco*, Madrid 1975, pp. 501-524.

bierno cotidiano de los reinos⁷. Al calor de la concepción del perfecto príncipe católico surgirán dos imágenes sacras de los monarcas hispanos: los arquetipos del *Rey Virtuoso*, con un carácter más dinástico al vincularse a la figura de Felipe II, y del *Rey Santo* que incide en mayor grado sobre la continuidad de la *Corona de España* al asociarse a un rey de Castilla y León, Fernando III. A través de estas representaciones político-religiosas se vertebraba un discurso legitimador de la realeza de mayor difusión y alcance en la monarquía católica durante el siglo XVII que las teorías, impugnadas por la Sede Apostólica, sobre el origen del poder fundamentado en el derecho divino de los reyes. Dentro de la escala de valores sociales los soberanos de la Casa de Austria lograban situarse en una supremacía dual: máximas cúspides de la sociedad jerarquizada de rangos, y espejos de virtudes heroicas inmediatas a la divinidad gracias al *virtuosam vitam agere* e investidos de una aureola de santidad que se comunicaba a los descendientes mediante la sangre del linaje. El análisis de los arquetipos del *Príncipe Virtuoso* y del *Rey Santo* nos permitirá introducirnos en las formas de percepción del proceso social que se generaban en torno a la Corte madrileña y conocer nuevas vertientes de una cultura política compleja⁸.

2. Corona Virtuosa y Virtud Coronada

Ciertamente, la difusión de la imagen moralizadora del *rey virtuosísimo* no era ni mucho menos novedosa ni en los reinos europeos ni en la misma Castilla. Nieto Soria ha rastreado el surgimiento de este modelo de realeza entre el siglo XIII y XV, encarnado en los monarcas Fernando III, Juan II e Isabel y Fernando⁹. Sin embargo, tal representación fue durante la época bajomedieval uno más de los atributos religiosos de los reyes castellanos, y en ningún caso el preeminente o más elaborado. La obra de Francisco de Castilla (*Practica de las Virtudes de los Buenos Reyes de España en coplas*)¹⁰ dedicada a Carlos V anuncia la relevancia creciente de la imagen de los *reyes virtuosos* en el discurso legitimador de la monarquía.

La teología ascética señala como el ejercicio de las virtudes (junto al rechazo de los vicios) permite a los hombres avanzar en el camino de perfección cristiana hasta merecer la salvación

⁷ Un ejemplo de adecuada interrelación entre la teoría política del *príncipe cristiano* y la práctica gubernativa en H. Sturmbeger, "L'imperatore Ferdinando II e il problema dell'assolutismo", en ROTELLI, E., y SCHIERA, P. (comps.), *Lo Stato moderno*, III, Bolonia, 1974, en particular pp. 172-184 (el autor resume en el artículo su estudio sobre *Kaiser Ferdinand II. und das Problem des Absolutismus* publicado originalmente en Viena 1957).

⁸ La relativa escasez de estudios sobre estos argumentos aplicados al período de la Edad Moderna contrasta con las fructíferas aportaciones de M. GARCÍA PELAYO, *Del mito y de la razón en la historia del pensamiento político*, Madrid 1968, NIETO SORIA, J. M., *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla, siglos XIII-XVI*, Madrid 1988 y *Ceremonias de la realeza. Propaganda y legitimación en la Castilla Trastámara*, Madrid 1993, y otros autores en torno a la *cultura política* de cuño sacral de los reinos hispanos bajomedievales.

⁹ J. M. Nieto Soria, *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)*, cit., pp. 84-89.

¹⁰ Murcia, 1518, donde se refieren (ff. I-XVI) las virtudes, hechos memorables, batallas,... de diversos reyes hispanos, desde los godos (Alarico, Recaredo, Wamba,...) hasta los castellanos y aragoneses (e incluso el Cid). La segunda parte del libro es un tratado sobre las virtudes.

eterna¹¹. Según su objeto las virtudes se dividen en teologales (fe, esperanza y caridad) y morales, entre las que son las cardinales las principales (prudencia, fortaleza, justicia y templanza), siguiendo en este último aspecto la tradición de la filosofía moral clásica. También se pueden diferenciar las virtudes infusas de las adquiridas, las sobrenaturales de las naturales y las heroicas de las comunes. Al proyectar sobre el monarca católico la práctica de las mayores virtudes se le convertía en supremo ejemplo de cristiano y modelo de sincera devoción para toda la monarquía en tiempos de incertidumbres religiosas. No olvidemos además que el ejercicio constante de las virtudes heroicas (*virtus morum*) constituían el fundamento de la santidad; sólo los milagros, confirmación divina de los grandes meritos terrenales de sus más señalados siervos, distanciaban a los *reyes virtuosos* de la imagen suprema del *rey santo*.

Virtudes y *virtus morum*. Pero ¿qué se entiende por virtud en la segunda mitad del siglo XVII? A mediados de siglo Diego de Tovar Valderrama, siguiendo los principios de una filosofía moral de impronta aristotélica, define la virtud como "cierta qualidad y disposición del alma que aparece y facilita qualquiera obra o eficaz deseo que aprueve y confirma el dictamen y la ley de la razón"¹². Además de los tratados de teología ascética el *Diccionario de Autoridades* en la siguiente centuria nos da una amplia gama de acepciones. Virtud es "la disposición del alma, o hábito honesto operativo de las acciones conformes a la recta razón, por las quales se hace laudable el que las executa". Pero también vale como "integridad de ánimo, y bondad de vida" y por el "recto modo de proceder". Además se incluye una definición confesional que asocia la virtud con el cuerpo místico de Cristo: "Se toma singularmente por el hábito, y disposición del alma para las acciones conformes a la Ley Christiana, y que se ordenan a la Bienaventuranza"¹³. Por tanto la virtud consiste en una disposición interior del alma que se expresa al exterior, a la comunidad, a través de acciones honestas y concordantes con los mandatos de la Iglesia. El ejercicio de la virtud se constituye en el pilar de la convivencia humana¹⁴. Pero el ánimo virtuoso debe repre-

¹¹ Sobre la concepción teológica de las virtudes en el siglo XVII véanse los tratados de REMÍEZ DE AVELLANO, J., *Altar de las Virtudes, formado en el corazón del hombre, se difinen, y dan medios practicos para el solido exercicio de las Teologales, Cardinales, y Morales...*, Madrid, 1658 y *Republica christiana, y destierro de los vicios. Razón de estado, y politica de la virtud, la eterna salvacion*, Madrid, 1662. Y más extensamente vid. las reflexiones de B. Palacios sobre la teología moral española entre 1580 y 1700 (AA. VV., *Historia de la Teología Española*, Madrid 1987, pp. 161-207).

¹² Cfr. *Instituciones políticas*, Madrid, 1645 (ed. J. L. BERMEO CARRERO, Madrid, 1995, p. 164), aunque sobre la relevancia de la práctica 'demostrable y visible' de la virtud en el príncipe interesa todo el capítulo III: "Del conocimiento y uso muy necesario de las virtudes en la persona del príncipe".

¹³ *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces...*, tomo VI, Madrid 1739, p. 496 (reimpresión Madrid 1990). A principios del siglo XVII Sebastián de Covarrubias había definido la virtud siguiendo la autoridad aristotélica: "Dicens esse facultatem bonarum rerum conciliatricem et conservatricem facultatem beneficam multarum et grandium rerum, atque adeo omnium per omnia" (*Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid 1611, ed. Martín de Riquer Barcelona 1943, voz 'virtud', p. 1011).

¹⁴ El carácter práctico y exteriorizado de la virtud lo subrayó Cicerón en *De Officiis*: "Virtutis enim laus omnis in actione consistit" — I, 19; ed. E. NARDUCCI, Milán, 1994, p. 91—. Sobre la recepción del concepto ciceroniano de *virtus* por parte del republicanismo humanista en el renacimiento cfr. SKINNER, Q., *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, I, México, 1993, pp. 111-125 (pero también pp. 255-258 sobre las virtudes y devoción del príncipe), y POCOCK, J. G. A., "Virtues, rights, and manners" en id., *Virtue, Commerce, and History*, Cambridge, 1988, en particular pp. 38-49. Con respecto al planteamiento aristotélico sobre la virtud y las virtudes que tan arraigada influencia tuvo en la Europa de los siglos XVI y XVII cfr. PRIOR, W. J., *Virtue and Knowledge. An introduction to Ancient Greek Ethics*, Londres, 1991, pp. 144-193; HARDIE, W. F. R., *Aristotle's Ethical Theory*, Oxford, 1980; MACINTYRE, A., *Thus la virtud*, Barcelona, 1987, pp. 185-206; CONTINISIO, C., "La politica aristotelica: un modello per la convivenza ordinata nella trattatistica politica italiana dell'Antico Regime", en id. (comp.), *Saperi politici e forma del vivere*, Cheiron, 22 (1994), pp. 149-165, y ENZO BALDINI, A. (comp.), *Aristotelismo politico e ragion di stato*, Florencia, 1995.

sentarse en la escena social, exige señales que lo identifiquen. El monarca, situado en la cúspide de la pirámide jerárquica y considerado vicario de Dios, debía ser virtuoso y demostrarlo. Los confesores velaban por la rectitud de la conciencia del soberano pero eran las acciones virtuosas las que acreditaban su celo cristiano ante el conjunto de los vasallos. La tratadística cristiano-política nos permite seguir la evolución del arquetipo del príncipe virtuoso.

La conformación de un nuevo ideal del *Príncipe Cristiano* acorde con los presupuestos de la Restauración católica se fundamenta en la obra del jesuita Pedro de Rivadeneira *Tratado de la Religión y Virtudes que deve tener el Principe Christiano* (1595), que tendrá numerosos continuadores dentro y fuera de la monarquía hispana. Rivadeneira, conocedor de los avatares del cisma cristiano durante sus estancias en los Países Bajos e Inglaterra, propone a los príncipes de Europa fieles a Roma que combinen con prudencia la fuerza y los medios suaves a fin de restablecer la fe católica en los reinos afectados por la herejía¹⁵. La Providencia divina dispone hasta el más mínimo detalle del devenir y Dios es el único que da y quita los cetros. Por tanto, los monarcas deben esforzarse en servir a Dios para gozar del amparo del favor celestial. En la segunda parte de su tratado el jesuita toledano enumera las virtudes morales que debe ejercitar el príncipe cristiano a fin de grangearse la benevolencia divina, acreditando sus aseveraciones con ejemplos *historiales* de ruinas y prosperidades de monarquías. Los tratados de Márquez, Scribani y Mendo, entre otros, representan la formulación erudita de esta imagen providencialista y virtuosa del gobierno real que se estaba divulgando por los reinos y señoríos católicos¹⁶. La Compañía de Jesús participó activamente en la acuñación del arquetipo del perfecto gobernante católico y, a su vez, lo inculcó en la conciencia de los monarcas y la alta aristocracia a través de ayos y confesores. No en vano los jesuitas estaban empeñados a fondo en el combate contra los credos luterano, calvinista y anglicano en Europa al mismo tiempo que se habían incorporado a la propagación de la fe en las Indias orientales y occidentales. Autores como Rivadeneira y Scribani formaban parte de la Compañía al igual que otros dos escritores fundamentales para la articulación de estos planteamientos político-religiosos: Roberto Belarmino y Juan Eusebio Nieremberg.

La obra *Oficio del Príncipe Cristiano*¹⁷ (1619) del cardenal Belarmino se orienta a la educación del monarca, que al nacer con el supremo honor terrenal debe asumir a lo largo de su vida las mayores obligaciones. El jesuita toscano distingue entre dos fuentes para su verdadera *política y arte de gobernar*: por un lado los filósofos gentiles (Platón y Aristóteles), y por otro los tratadistas cristianos (santo Tomás, Aegidio Romano,...) junto a los ejemplos encontrados en las Sagradas Escrituras (vidas de Joseph, Moises, Josue, David, Ezequías,...). Esta última vertiente, que deduce la conducta idónea del gobernador cristiano a partir de los hechos de los reyes y

¹⁵ Ed. en la Biblioteca de Autores Cristianos, vol. 60, Madrid 1952, Libro I, cap. XVI, p. 499 y Libro II, Capítulos XXXI-XXXIII, pp. 562-567. Sobre la prudencia política del príncipe cristiano cfr. MARWALLA, J. A., *La teoría española del Estado en el siglo XVII*, Madrid, 1944, pp. 231-252.

¹⁶ Con respecto a la obra de Rivadeneira y del italo-flamenco Scribani vease BURELEY, R., *The Counter-Reformation Prince. Anti-Machiavellianism or Catholic Statecraft in Early Modern Europe*, Chapel Hill-Londres 1990, pp. 111-135 y 162-187.

¹⁷ ... y vida de otros Reyes..., Madrid 1624 (traducción al castellano del original en latín editado por primera vez en Roma, 1619).

grandes figuras del Antiguo Testamento, tendrá una fecunda continuidad durante el siglo XVII¹⁸. De los textos sagrados Belarmino extrae el código de conducta del *princeps christianus* resultante de su condición de *ministro principal* e *hijo adoptivo* de Dios. Entre los *servicios* que debe prestar al Creador está la obediencia al Sumo Pontífice, principio básico vulnerado por los reyes y señores apóstatas del norte de Europa, junto al respeto a los obispos y la sumisión a las advertencias espirituales de los confesores regios.

Después de tales premisas el cardenal esboza el arquetipo del *Rey Virtuoso*, que combina la responsabilidad del gobierno cotidiano de su reino con el ejercicio de las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza)¹⁹. El retrato de la piedad real se completa con la práctica devota de otras virtudes morales: caridad paternal, sabiduría, clemencia y misericordia. Este conjunto de avisos determinan el comportamiento de los príncipes católicos, regulando el cariz de su relación con las distintas esferas de poder en el reino que incluyen a los servidores domésticos de su Casa, los consejeros y jueces, los militares e incluso consigo mismo²⁰.

La relevancia de la virtud real como fundamento del orden político alcanza su más acabada expresión en el tratado del jesuita Juan Eusebio Nieremberg titulado *Corona Virtuosa, y Virtud Coronada...*²¹ (1643) concebida como instrucción para el príncipe Baltasar Carlos. A diferencia de lo practicado por Rivadeneira y Belarmino en la obra no se conforman las obligaciones del príncipe en torno a las virtudes teologales y cardinales, sino que el jesuita madrileño remarca la trascendencia de la Virtud del Rey en el devenir de la monarquía. El binomio Rey-Reino se ensambla a través del ejercicio de la Virtud por el soberano, que gracias a su devoción ejemplar obtiene grandes bienes para sus súbditos del favor divino. Y, como implicación en negativo de tal aseveración, las sediciones y las revueltas en la monarquía pueden llegar a considerarse consecuencia de faltas morales del rey pues "la obediencia del Reino es fruto de la virtud del Rey"²². Las oraciones del rey virtuoso siempre las escucha Dios, alejando las parcas de sus fronteras y concediendo la victoria a sus ejércitos. Tales aseveraciones se fundamentan como en Rivadeneira en la experiencia de la historia, que es considerada como maestra de la prudencia²³. Así, la Corona Virtuosa se encarna en las vidas de treinta y ocho príncipes entre monarcas castellanos y emperadores germánicos

¹⁸ El principal precursor de este género en Castilla fue Juan Márquez (*El Governador Christiano deducido de las vidas de Moyses, y Josue, Principes del Pueblo de Dios...*, Salamanca 1612). Posteriormente le seguirán Alonso Remón, Diego Niseno, José Lainez, Salvador de Mallea...

¹⁹ *Ibid.*, ff. 15-24. En el orden de precedencia de las virtudes y el desarrollo de su contenido surgen importantes diferencias entre los modelos de *príncipe cristiano* propuestos por los diferentes autores. En relación a estas divergencias se puede consultar G. J. Dalcourt, "The primary Cardinal Virtue: Wisdom or Prudence?", *International Philosophical Quarterly*, III (1963), pp. 55-79. El concepto aristotélico de *phronesis* lo identificaban algunos traductores y glosadores de la obra del Estagirita con la sabiduría práctica y otros con la prudencia. Sobre la centralidad del ejercicio de las cuatro virtudes cardinales como realización de la 'razón práctica' en el pensamiento estoico cfr. M. Pohlenz, *La Stoa. Storia di un movimento spirituale*, I, Florencia, 1967.

²⁰ *Ibid.*, ff. 25-47.

²¹ ... *En que se proponen los Frutos de la Virtud de un Príncipe, juntamente con los heroicos Exemplos de Virtudes de los Emperadores de la Casa de Austria, y Reyes de España*, Madrid 1643.

²² *Ibid.*, f. 93.

²³ Con respecto a la prudencia política del príncipe cfr. CONTINIO, C., "Il Re Prudent. Saggio sulle virtù politiche e sul cosmo culturale dell'antico regime", en CONTINIO, C., y MOZZARELLI, C., (comps.), *Repubblica e Virtù*, cit., especialmente, pp. 316-339.

antepasados de los reyes católicos. Por tanto, la obra se enmarca dentro del ambicioso empeño que tuvo lugar entre 1635 y 1646, orientado a reconstruir la genealogía común de una Corona castellano-austriaca en la que se identificasen las dos ramas de la Casa de Austria en una coyuntura de crecientes reveses en los escenarios europeos de la Guerra de los Treinta Años, proceso en el que destacan los escritos del cronista Joseph Pellicer de Ossau²⁴. En concreto, Nieremberg resalta las piadosas costumbres de Rodolfo I, Fernando III el Santo y Carlos V, junto a los máximos exponentes de la *Virtud Coronada*: el rey Felipe II y el emperador Fernando II, *Columnas del Catolicismo*²⁵. Estos planteamientos traspasaron durante el siglo XVII el ámbito de las reflexiones teóricas para llegar a orientar la mentalidad y el comportamiento de los monarcas hispanos.

3. La piedad católica como seña de identidad de la *Domus Austriae*

Esta noción del *príncipe cristiano* se refleja en diversos documentos personales de Felipe IV, entre ellos la correspondencia con María Jesús de Agreda. El monarca estaba lejos de encarnar el arquetipo de *Rey Virtuoso* que representó su abuelo, acercándose más durante la mayor parte de su reinado a las formas de vida del *perfecto cortesano*. Con todo, Felipe IV siempre mantuvo algunos rasgos específicos de la *Virtud Coronada*: providencialismo, fervor eucarístico, frecuencia sacramental, conformidad de su voluntad con la divina, devoción a la Virgen Madre de Dios y a los Santos, veneración de las reliquias²⁶, reverencia a los sacerdotes,... Así, el rey indica a sor María que se pliega a los designios de la Providencia tras la muerte de su primogénito varón: "en medio de este gran dolor he procurado ofrecérsele a Dios y conformarme con su Divina voluntad, creyendo ser verdaderamente lo que más importa" puesto que "tengo enojado a Dios y que por mis pecados envía estos castigos"²⁷. También las derrotas militares de sus ejércitos frente a las tropas francesas y portuguesas las atribuye Felipe IV a sus pecados y ofensas a la divinidad, tal y como Rivadeneira y Nieremberg habían advertido. Para apaciguar la ira de Dios el rey católico intentó conseguir la mediación de la Virgen como su *abogada* ante la Corte celestial,

²⁴ Entre las obras de Pellicer en las que se exalta desde unos presupuestos providencialistas la sangre virtuosa de la *stirps* austriaca cabe señalar *La Astrea Saphica* (Zaragoza 1641), *La Fama Austriaca* (Barcelona 1641) y el manuscrito titulado *Corona Habsburgi-Austriaco-Hispana*. J. M^a. Jover aporta un interesante cuadro del giro en la tratadística a partir del inicio de la guerra con el Rey Cristianísimo en 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid 1949.

²⁵ *Corona Virtuosa*..., cit., pp. 234-312. La vida devota de Fernando II servirá de punto de partida para un discurso legitimador que daba una identidad común a las tierras hereditarias (*Erbländer*) de los Habsburgo en Centroeuropa; a tal respecto vease A. Coreth, *Pietas Austriaca. Österreichische Frömmigkeit im Barock*, Munich 1982 (edición revisada de la original *Pietas Austriaca. Ursprung und Entwicklung Barocker Frömmigkeit in Österreich*, Munich 1959), pp. 12-16.

²⁶ Véanse las cláusulas 19 y 20 del testamento de Felipe IV, en particular la referencia al *lignum crucis* que le dejó el Conde-Duque (*Testamento de Felipe IV*, ed. A. Domínguez Ortiz, Madrid 1982, p. 41).

²⁷ *Cartas de Sor María de Jesús de Agreda y de Felipe IV*, tomo II, ed. C. Seco Serrano en *Biblioteca de Autores Españoles*, CIX, Madrid 1958, p. 173. La monja le recordaba con frecuencia las obligaciones y virtudes específicas de un *Rey Católico* (por ejemplo, pp. 201-202). Sobre la crisis de la monarquía a comienzos de los años cuarenta entendida como castigo divino a los pecados públicos vid. J. E. Nieremberg, *Causa y remedio de los males públicos*, Madrid 1642.

promoviendo *vivamente* ante la Sede Apostólica la definición del dogma de la Inmaculada Concepción²⁸.

Los testamentos de los reyes de la Casa de Austria también recogen el arquetipo del *Princeps Christianus* en una cláusula expresa que aparece por primera vez en el de Carlos V²⁹. Tal disposición la mantendrán inalterada Felipe II y su hijo con alguna leve pero significativa modificación acorde con los tiempos: el rey Prudente precisa que su sucesor sea obediente a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia "de Roma"³⁰. Será Felipe IV el que remodele algunas partes de este párrafo sobre las obligaciones básicas del *Príncipe Católico*: "Por lo mucho que debo a Dios nuestro Señor, y por lo que deseo el bien espiritual de el que me sucediere legítimamente en estos mis reynos y señoríos, le ruego y encargo afectuosamente que, como Príncipe Católico, para bien suío y de sus reynos, sea muy zeloso de la fe, y obediente a la Sede Apostólica Romana; viva y proceda en todas sus acciones como temeroso de Dios, observante de su Santa Ley y mandamientos, procurando en todo la Divina Gloria y exaltación de su nombre, propagación de su Fe y aumento de su servicio; honre mucho a la Inquisición, la aiude y favorezca"³¹. Dos *topoi* de la tratadística de la época se incorporan al testamento: la estrecha vinculación entre el celo religioso del rey y el *bien de los reynos*, junto a los deberes del Rey Católico (defensa y propagación de la fe). Asimismo, el testamento de Felipe IV incluye una precisa definición de la identidad común de los diferentes reinos y señoríos de la Monarquía Católica: "En todos mis reynos, estados y señoríos, se ha guardado y guarda la Religión Católica Romana, y mis gloriosos predecesores la han guardado y mantenido y gastado y empeñado en defensa de ella el Patrimonio Real, anteponiendo la gloria y honra de Dios y de su Santa Ley a todas las cosas y consideraciones temporales; y porque esta es la primera obligación de los reyes, ruego y encargo a mis sucesores, que cumpliendo con ella, hagan y executen lo mismo", excluyendo de la

²⁸ *Cartas de Sor María de Agreda...*, tomo I, Madrid 1958, p. 13 y tomo II cit., p. 151. Sobre las gestiones que se hicieron en Roma en nombre de Felipe IV para avanzar hacia la definición dogmática de la Purísima Concepción vid. C. Abad, "Preparando la embajada concepcionista de 1656. Estudio sobre cartas inéditas a Felipe IV y Alejandro VII", en *Miscelánea Comillas*, 20 (1953), pp. 25-63 y C. Gutierrez, "España por el dogma de la Inmaculada. La embajada a Roma de 1659 y la bula 'Sollicitudo' de Alejandro VII", en *Miscelánea Comillas*, 24 (1955), pp. 1-480. Sobre la imposición del elogio inmaculista en los reinos hispanos pese a la resistencia de los dominicos cfr. DE ESTENAGA ECHEVARRÍA, N., *El cardenal Aragón (1626-1677)*, París 1929, I, pp. 52-54. La continuidad de la *Pietas Mariana* durante el reinado de Carlos II queda patente en la obra de VÍZQUEZ, I., *Las negociaciones inmaculistas en la curia romana durante el reinado de Carlos II de España (1665-1700)*, Madrid 1957. Entre 1670 y 1674 la extensión del juramento inmaculista al Estado de Milán y al Reino de Nápoles suscitó graves recelos en la Sede Apostólica (Archivo General de Simancas, Secretarías Provinciales, legajo 42 y Archivo Segreto Vaticano, Segretaria di Stato, 139, ff. 339 y 356). La *Pietas Mariana* era uno de los pilares de la *Pietas Austriaca*, junto con la *Pietas Eucharistica* y, en menor medida, la veneración de las reliquias y la confianza en la protección de la Cruz de Cristo (cfr. A. Coreth, *Pietas Austriaca. Österreichische Frömmigkeit im Barock*, cit., p. 17).

²⁹ Este mandato postrero establece que "por lo que devo a Dios, nuestro Señor, y por el grande amor paternal que tengo al serenísimo Príncipe, don Felipe, mi caro y muy amado hijo, deseando más el aumento de sus virtudes y salvación de su ánima, que el acoçentamiento de los bienes temporales, afectuosísimamente le encargo y mando que, como muy católico príncipe y temeroso de los mandamientos de Dios, tenga muy gran cuidado de las cosas de su honrra y servicio y sea obediente a los mandamientos de la Santa Madre Iglesia" y además favorezca al Santo Oficio de la Inquisición frente a las herejías (*Testamento de Carlos V*, ed. M. Fernández Álvarez, Madrid 1982, p. 19; vid. también la disposición primera del codicillo, p. 97).

³⁰ *Testamento de Felipe II* (ed. facs. M. Fernández Álvarez, Madrid 1982, cláusula 28, p. 31) y *Testamento de Felipe III* (ed. C. Seco Serrano, Madrid 1982, cláusula 32, p. 37).

³¹ *Testamento de Felipe IV*, op. cit., cláusula 6, p. 9.

sucesión al oficio y dignidad de rey a cualquier *hereje*³². El discurso legitimador sustentado por la misión providencial de la monarquía católica y la protección de la fe por parte de sus soberanos se había convertido en el argumento preliminar de peticiones a cortes, instrucciones a virreyes y encabezamientos de disposiciones legislativas.

Todas estas nuevas cláusulas las reiterará su hijo el rey Carlos II en su propio testamento, incorporando así en la última voluntad un código básico del *Príncipe Cristiano*. Incluso la polémica sobre la razón de estado³³, tan vinculada a la naturaleza y límites de aquel arquetipo, está reflejada en las disposiciones que innovó su padre Felipe IV: "También ruego y encargo a mis sucesores que por tiempo fueren, gobiernen más las cosas por consideraciones de religión, que no por respeto de el estado político; que con esto obligarán a Dios nuestro Señor a que con particularidad los aiude y asista, posponiendo las comodidades propias al servicio y exaltación de su Fe; y Yo en las cosas grandes que se han ofrecido, tuve por mejor y más conveniente faltar a las razones de Estado, que dispensar y disimular un punto en materia que mira a la religión"³⁴. La legitimación religiosa de la realeza y del sentido último de la heterogénea monarquía giraban en torno a la concepción del *Príncipe Católico*. La pervivencia de estos discursos sacrales superará a la misma dinastía de los Austria, configurando uno de los aspectos más relevantes de una *cultura política* de larga duración.

4. Carlos II, la Pietas Eucharística y la Divina Providencia

Durante el reinado de Carlos II los fundamentos legitimadores de la idea del *princeps christianus* mantendrán su vigencia en un contexto europeo muy diferente al existente en el período de su formulación: el rey católico ya no combatía a los herejes holandeses, sino que comprometía sus ejércitos en la salvaguarda de las Provincias Unidas frente a la agresión militar del rey cristianísimo. El último rey de la Casa de Austria tendrá la ocasión de asumir personalmente las directrices del testamento de su padre por medio de un juramento público tal y como recomendaba Rivadeneira³⁵. Antes de comenzar un gran auto de fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid el 30 de junio de 1680 el inquisidor general tomó juramento al rey ante toda la Corte. Sus términos fueron "¿V. M. jura y promete por su fe y palabra real, que como verdadero católico

³² Ibid., cláusula 7, p. 11.

³³ Sobre el contexto del debate hispano sobre la razón de estado vease J. A. Fernández-Santamaría, *Razón de estado y política en el pensamiento español del barroco (1595-1640)*, Madrid 1986.

³⁴ *Testamento de Felipe IV*, op. cit., cláusula 8, p. 13. Como es sabido, Felipe IV no dudó en servir de la razón de estado para justificar los contactos diplomáticos con príncipes herejes e infieles tanto en 1655 cuando trató de negociar una alianza antifrancesa con la República de Inglaterra de Cromwell como años después cuando intentó lograr el apoyo de las Provincias Unidas e incluso de moros del norte de África para diferentes empresas (cfr. STRADLING, R. A., *Felipe IV y el gobierno de España, 1621-1665*, Madrid 1989, pp. 419 y 422). En todo caso conviene tener presente que el arquetipo del Príncipe Político-Cristiano admitía un cierto grado de elasticidad según el principio de la prudencia política, es decir, se contemplaba el recurso a ciertos medios siempre que estuviesen encaminados a la consecución de un fin honesto y virtuoso.

³⁵ *Tratado de la religión y Virtudes...*, cit., Libro I, Capítulo XII, pp. 473-474.

rey, puesto por la mano de Dios, defenderá con todo su poder la fe católica que tiene y cree la Santa Madre Iglesia apostólica de Roma, y la conservación y aumento de ella, y perseguirá y mandará perseguir a los herejes y apóstatas contrarios de ella, y que mandará dar y dará el favor y ayuda necesaria para el Santo Oficio de la Inquisición y ministros de ella...? Y S. M. respondió: Así lo juro y prometo por mi fe y la palabra real"³⁶. Con su asistencia a los autos de fe finiseculares el rey católico demostraba su piedad y celo religioso. Pero había otros actos públicos menos cruentos en los que Carlos II se identificaba con el arquetipo de *Rey Virtuoso*.

Un día de enero de 1685 el rey volvía a la Villa Coronada en su carroza tras una jornada de caza. Cerca de la Florida se cruzó con un sacerdote que caminaba apresurado en compañía de un monaguillo. Carlos II le inquirió "¿Lleváis el Santísimo Sacramento o la Unción?". Al responderle el sacerdote que portaba el viático, el rey "con gran promptitud desmontó del coche, y postrándose en tierra para adorar a Christo sacramentado" le ofreció que tomase su asiento en la carroza. De manera significativa, Carlos II cambia la fórmula de tratamiento, auténtica balanza del rango social, al clérigo: del *vos* con que era costumbre dirigirse a una persona de estado inferior al *vuestra merced*. Acto seguido, el rey católico pone *por su propia mano* el estribo al entrar el sacerdote en el coche y dirige, *a pie y descubierto*, a los caballos de tiro hasta la casa del moribundo, un hortelano de Migas-calientes. Allí Carlos II quitó el estribo, entró en la casa y acompañó al sacerdote durante toda la función sacramental, postrándose con gran reverencia y atención. "Informe su Majestad del peligro del enfermo, y dexándole una limosna competente, y con esperanzas de acomodar una hija, que con su muerte quedava huérfana, y desamparada" partió junto al clérigo hacia la Corte. "La novedad, y la admiración avía aumentado el concurso de las carrozas, y el Pueblo, admirándose todos de ver la compostura, y decencia con que el Rey humano enseñava a todos a venerar al Rey Divino". Tras asistir el rey a una misa en la iglesia de San Marcos "fue a Palacio entre mil afectuosas aclamaciones del Pueblo, interrumpidas de las lágrimas que exprimía la ternura de la devoción, y el amoroso afecto de la lealtad. Ha sido esta acción de igual edificación, y consuelo para toda la Corte, sin aver tenido el Rey, ni más aviso que su reparo, ni más consejo que su prompto discurso, ni más ceremonial que el tener el corazón habituado a los piadosos dictámenes de la Fe. Esta noticia será para todo el Reyno de mas alegría que la de muchas victorias".

Hasta aquí el suceso piadoso tal y como lo refiere un impreso publicado en Sevilla³⁷. Fue éste uno de los primeros de un verdadero aluvión de papeles panegíricos, opúsculos sobre la piedad de la Casa de Austria y poemas laudatorios en los que se magnificaba la acción del rey.

³⁶ El inquisidor general concluyó con estas palabras: "*Haciéndolo V. M. así, como de su gran religión y cristiandad esperamos, ensalzará nuestro Señor en su santo servicio a V. M. y todas sus reales acciones, y le dará tanta salud y larga vida como la cristiandad ba menester*" (LAFUENTE, Modesto, *Historia General de España*, tomo III, Barcelona 1883, p. 420, nota 6).

³⁷ "*Acción Católica, y rendido zelo con que acompañó nuestro Gran monarca Don Carlos Segundo (que Dios guarde) al Supremo Rey de Cielo, y tierra, en ocasion de ir a dar el Viático a un enfermo*", Biblioteca de la Real Academia de la Historia (BRAH), Ms. 9/3550, que reúne numerosos papeles e impresos con motivo de tal suceso. En la descripción mencionada del hecho piadoso se subraya la iniciativa personal del monarca 'sin consejo' asociada a la idea de que el príncipe cristiano debía actuar por 'sincera devoción' y no simulando religiosidad; siguiéndose además los principios aristotélico-tomistas del aprendizaje de la virtud a través de la costumbre y el hábito de su práctica.

Estas relaciones las vendían los ciegos mendicantes por las calles y plazas de las principales ciudades españolas³⁸. Por un momento, la piedad de Carlos II logró eclipsar el tema más popular en los impresos de aquellos años: las novedades de la guerra contra los turcos en el reino de Hungría. Pero la acción religiosa que se ensalzaba distaba de ser un hecho anecdótico de devoción real. En la postración pública de Carlos II ante el Viático se pueden encontrar algunos de los principales fundamentos tanto de la legitimación religiosa de la realeza como del discurso de la *Pietas Austriaca*³⁹.

El ideal del *Rey Virtuoso* impregna cada uno de los momentos del encuentro entre el monarca y el sacerdote. Era la confirmación de que el discurso de Nieremberg en torno a las Virtudes de los Austria hispanos tendría continuidad en el fervor cristiano de Carlos II. Así lo manifestaron los cronistas del evento: "*En los passos, que diste piadoso, / muchas leguas de meritos anduvo / Tu virtud coronada, y muchas lenguas / De la Fama ligera correr supo*"⁴⁰. Aunque en la reverente actitud del rey confluyan numerosas virtudes que caracterizan al perfecto príncipe católico (humildad y subordinación de la majestad terrenal a la divina) el eje del evento lo constituye la devoción de la *Domus Austriae* al misterio eucarístico.

Ya en los retratos que hicieron Baltasar Porreño y Guilielmo de Lamormaini de los máximos Reyes Virtuosos (Felipe II y el emperador Fernando III) de la Casa de Austria se ponía especial énfasis en la veneración regia del misterio de la Eucaristía⁴¹. Concebido el nuevo *princeps christianus* como paladín de la Iglesia Romana frente a las herejías cismáticas, el dogma eucarístico, al igual que la devoción a la Virgen y a los santos, la frecuente práctica sacramental y la obediencia al sumo pontífice, devino en una de las señas de identidad confesionales tanto de los monarcas católicos como de sus súbditos. Este misterio teológico estaba siendo motivo de enconadas polémicas entre autores cristianos de las iglesias escindidas. El concilio ecuménico de Trento fijó el dogma católico de la *transustanciación* en el canon I de la sesión XIII: "En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contienen verdadera, real y sustancialmente el cuerpo y sangre de Nuestro señor Jesucristo, junto con su alma y divinidad, es decir, todo Cristo"⁴². El dogma del Santísimo Sacramento se convirtió en atributo vinculado a los reyes hispanos (casi podríamos decir al *mayorazgo moral* de la Corona) a través de una cláusula testamentaria introducida por Felipe IV y reiterada por Carlos II: "Mando y encargo a todos los subcesores de esta Corona que por quanto, en reconocimiento y obsequio de la suprema veneración, que todo fiel christiano

³⁸ Además de los incluidos en BRAH, Ms. 9/3550 véase Biblioteca Nacional (BN), V. E. 128-42.

³⁹ Cfr. las observaciones de CORETH, A., en *Pietas Austriaca*, cit., pp. 24 y 28, nota 61.

⁴⁰ "Parangón de la Fe de Austria regulado, por la acción Religiosamente Católica...", dedicado a la reina madre Mariana de Austria por Gaspar Augustín de Lara, impreso en Madrid (BRAH, Ms. 9/3550), p. 4.

⁴¹ PORREÑO, B., *Dichos y hechos del señor rey Don Phelipe Segundo, el Prudente...*, Cuenca 1627; Madrid y Sevilla 1639; y otras ediciones (ed. moderna por A. González Palencia según la de Amberes 1666, Madrid 1942, pp. 73-101); y LAMORMAINI, G., *Ferdinandi II Romanorum Imperatoris Virtutes*, Amberes 1638, pp. 34-80. Vid. también otra obra fundamental en el proceso de identificar a Felipe II con el príncipe virtuoso de la restauración católica: *Elogio a las esclarecidas virtudes de la C. R. M. del Rey N. S. Don Felipe II que está en el cielo...* (Valladolid 1604) escrita por el médico real Cristóbal Pérez de Herrera. Sobre la figura de Lamormaini y sus relaciones con el César Fernando II vid. BIRLEY, R., *Religion and Politics in the Age of the Counterreformation: Emperor Ferdinand II, William Lamormaini S. J. and the Formation of Imperial Policy*, Chapel Hill 1981.

⁴² Citado por T. Merton, *El Pan vivo*, Madrid 1957, p. 111.

deve tener al soberano misterio de el Santísimo Sacramento, y yo en special, por la más estrecha y singular que le reconozco, y toda la Augustísima Cassa de Austria, dispuse que, para merecer mayor favor suyo y consuelo mío, se colocase en la Real Capilla de Palacio, se continúe para siempre, como yo lo fio y espero de mis subcesores"⁴³.

Por lo tanto, según el *soberano misterio* de la transustanciación Carlos II estaba cediendo su lugar en la carroza al mismo Cristo Rey y así lo remarcaron los propagandistas del hecho. El rey católico se postró ante el "*Sacramentado Pan en breve Sphera / A un tiempo Dios, y hombre todo junto*", y con tal piadoso comportamiento lograba ensalzar "*Tu Imperio, con postrarle tus dos Mundos la Corona le ofresces al Cordero*"⁴⁴. Los complejos vínculos entre providencia divina y realeza eran el trasfondo de aquella piedad: "*Si el Real Trono, Carlos, es / Tuyo, pero de Dios mas; / Que si a Dios el Trono dás, / le dás lo suyo, no vé*"⁴⁵.

Otros rasgos de la *Virtud Coronada* se pueden inferir del encuentro del monarca con el viático. Uno de los más evidentes es la concepción del rey católico como *espejo* universal de celo religioso para sus vasallos⁴⁶. De esta manera el narrador del suceso subrayaba que "*el Rey bu-mano enseñava a todos a venerar al Rey Divino*", siendo su conducta de gran *edificación* para toda la Corte. Un argumento muy utilizado en los poemas laudatorios conmemorativos: "*Que muchos por tu exemplar / a Dios le vayan sirviendo, / que mucho! Quando a de ser / un Rey, de todos exemplo*"⁴⁷. Ya Nieremberg concedió gran relevancia al *exemplo* de la virtud real, que era más importante que las buenas leyes para la república y atraía hacia los reinos los grandes bienes concedidos por Dios⁴⁸.

Otro tramo del relato demuestra la riqueza de arquetipos que envuelven la acción real. La limosna al hortelano moribundo y el amparo a la hija que dejaba huérfana y desvalida ponen de relieve la *caridad paternal* de Carlos II, virtud que Belarmino juzgaba imprescindible para el gobierno de los pueblos al tratar del oficio del príncipe cristiano⁴⁹. En el ámbito de dicha caridad paternal convergen las principales imágenes legitimadoras de la realeza, las del *Rey Virtuoso* y

⁴³ *Testamento de Carlos II*, ed. A. Domínguez Ortiz, Madrid 1982, cláusula 11, pp. 35-37 y *Testamento de Felipe IV*, op. cit., cláusula 9, p. 13.

⁴⁴ "*Parangón de la Fe de Austria...*", impreso cit., p. 3.

⁴⁵ Glosa sobre la acción religiosa de Carlos II (BRAH, Ms. 9/3550).

⁴⁶ SAAVEDRA Y FAJARDO, Diego, *Idea de un Príncipe Político-Cristiano representada en Cien Empresas*, Milán 1642, Empresa XIII: "Giramoses somos, que damos vueltas mirando e imitando al príncipe [...] Las acciones del príncipe son mandatos para el pueblo, que con la imitación las obedece" (reedición Madrid 1958, tomo I, p. 127). "Recibe el pueblo con aplauso las acciones y resoluciones de un príncipe virtuoso, y con piadosa fe espera dellas buenos sucesos" (Ibid., Empresa XVIII, tomo I, p. 163). El tópico del rey como arquetipo moral a imitar en la monarquía lo repite también Antonio de Guevara: "qual fuere el príncipe, tal será su casa; y qual sea su casa, tal será su corte; y qual sea su coste, tal será su Impero" (*Libro Áureo de Marco Aurelio*, Sevilla 1528, ed. E. Blanco, Madrid 1994, cap. XXIV, p. 99).

⁴⁷ "*A la mas augusta, soberana acción religiosa, de aver real, obsequiosamente acompañado, con digno amor, fervoroso al Alto, Divino Señor de los Orbes, el Gran Católico Rey de las Españas, Invicto Carlos Segundo, nuestro Austriaco, justo amado Señor, que guarde glorioso el Cielo, feliz el siglo*", de Fernando Antonio Bustamante (BRAH, Ms. 9/3550).

⁴⁸ *Corona virtuosa, y virtud coronada*, cit., pp. 33-62.

⁴⁹ *Oficio del Príncipe Cristiano...*, cit., ff. 13-14. La relevancia de la caridad como elemento clave en la constelación ético-material de las sociedades del Antiguo Régimen la pone de relieve CLAVERO, B. (*Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Milán 1991, pp. 69-86).

Rey Padre. Carlos II, y en general los Austria, encarnaron con frecuencia este último ideal. Durante el viaje de Carlos II al reino de Aragón (1677) se agolpaban en el camino al paso de la carroza real los habitantes de las localidades vecinas, incluidos "Viejos, enfermos, è impedidos, y las mugeres, y niños". Estos rústicos vasallos se habían esforzado para poder presenciar el paso de su soberano, "y considerándolo todo el monarca, como quien exercía las vezes del Sumo Criador, cuyo paternal amor no haze excepción de personas, le enternecía el ver las miserias de los necesitados, y los mandava socorrer; y hubo ocasión, en que dejando el Coche, para hazer algun rato de exercicio a pie; manifestó más sus piadosas entrañas, preguntando a algunos, las causas de sus impedimentos, y achaques, y ofreciendo su Real atención a remediarlas"⁵⁰. El monarca era padre piadoso de los súbditos a imagen y semejanza de Dios, cuidando en especial de aquellos vasallos más desvalidos: huérfanos, viudas y enfermos.

5. El conde Rodolfo y la piedad de la Casa de Austria

Con todo, el ejemplar acto de devoción de Carlos II ante el Santísimo Sacramento no era novedoso. Formaba parte de un acervo remoto de la Casa de Austria que se había transmitido de padres a hijos como patrimonio inmaterial de un 'mayorazgo' ideológico⁵¹. La misma existencia del concepto de *linaje* se fundamenta en esta conciencia genealógica de unos antepasados compartidos de los que se hereda junto a la sangre un conjunto de obligaciones morales⁵². A través de la veneración del Viático, Carlos II renovaba un vínculo particular con el conde Rodolfo IV, fundador de la grandeza de los Habsburgo. Dicho conde fue el protagonista de una legendaria acción devota: al salir a cazar encuentra a un sacerdote que intentaba vadear un río para llevar el Viático para un moribundo. Rodolfo descendió de su caballo y se lo ofreció al clérigo. Tras atravesar el río le regaló su montura pues no quería servirse para la caza o para la guerra de un caballo que había llevado al Redentor⁵³.

⁵⁰ FARRO BREMUDAN, F., *Viage del Rey Nuestro Señor Don Carlos II al Reyno de Aragón*, Madrid 1680, pp. 17-18 (reed. facs. Zaragoza, 1985). En la narración del encuentro entre el monarca y los menesterosos súbditos se subraya la importancia de la acción del 'ver', es decir, del encontrarse enfrente al necesitado y palpar sus penurias tal y como recomendaban diversos autores jesuitas al ocuparse del ejercicio de la caridad (cfr. RUBALE, F., "L'attività caritativa degli istituti religiosi e il ruolo della Compagnia di Gesù", en D. Zardin (comp.), *La città e i poveri. Milano e le terre lombarde dal Rinascimento all'età spagnola*, Milán 1995, p. 265). Sin embargo, las situaciones de contacto directo entre el rey y los pobres fueron muy poco habituales: en la Corte de Madrid la beneficencia del soberano hacia obras pías se canalizaba a través de medianeros como los consejos. El limosnero mayor, que tenía a su cargo el cometido de distribuir según su conciencia las cantidades que le mandaba librar el rey para limosna, no estaba obligado a dar cuenta de gastos ni beneficiarios (cfr. A. Rodríguez Villa, *Etiquetas de la Casa de Austria*, Madrid 1913, p. 49).

⁵¹ Cfr. CORETH, A., *Pietas Austriaca*, cit., pp. 18-32 y A. Wandruszka, *Gli Asburgo*, Milán 1993 (edición original: *Das Haus Habsburg. Die Geschichte einer europäischen Dynastie*, Viena 1956), pp. 116-121.

⁵² ATIENZA HERNÁNDEZ, L., "Teoría y administración de la Casa, linaje, familia extensa, ciclo vital y aristocracia en Castilla (s. XVI-XIX)", en F. Chacón Jiménez y otros (eds.), *Familia, grupos sociales y mujer en España (s. XV-XIX)*, Murcia 1991.

⁵³ Según Coreth el primer relato de esta acción tiene lugar en 1340 en una crónica escrita por el franciscano suizo Johann von Wintertur, medio siglo después de la muerte del rey de los romanos Rodolfo I en 1291 (ibid., p. 20). Wandruszka refiere como se vinculó la acción de Rodolfo el Fundador con el año de 1264 coincidiendo con la innovación ordenada por el papa Urbano IV con respecto a la fiesta del *Corpus Domini* (Gli Asburgo, cit., p. 37).

Un hecho aparentemente sencillo que tiene un significado transcendental. Gracias a la reverencia del conde de Habsburgo ante el Santísimo Sacramento, la Casa de Austria será la elegida por la divinidad para las mayores dignidades y glorias terrenas. Según una moderna leyenda el sacerdote habría despedido al conde Rodolfo con palabras proféticas: "Honoret te Deus, tumque progeniem, Domine, sicut tu honorasti Sanctissimum Sacramentum, eiusque Ministrum. Cuius nomine, tibi polliceor tuam domum, mirum in modum, esse exaltandam: eris Imperator, ac Pater multorum Imperatorum, Regum, ac Principum"⁵⁴. Son los términos de un verdadero pacto con Dios. Poco después, el conde se convertirá en el rey de los romanos Rodolfo I de Germania, iniciando un linaje de emperadores de la Casa de Austria consolidado en el siglo XV y que durará varias centurias⁵⁵. Los *servicios* de los Habsburgo a la religión cristiana y a la Sede Apostólica serían los garantes de la continuidad del *favor* y las *mercedes* de la divinidad. Se vertebraba de esta manera la ideología legitimadora de una Casa, que se superpone a las tradiciones de los diversos imperios, reinos y señoríos que gobernaron.

¿Olvidaron los Austria hispanos este precedente piadoso? Nunca. Al contrario, las circunstancias de una Cristiandad escindida resaltaron el valor de una acción religiosa que afirmaba la veneración habsburguica de un sacramento cuestionado por los luteranos y reforzado por Roma con el dogma de la transustanciación. El *Rey Virtuoso* Felipe II, cabeza del conjunto de la Casa de Austria, refería con frecuencia a los aristócratas que le servían en la cámara real "el suceso notable del Conde Rodulfo, que viendo a la ribera de un río a un sacerdote que se estaba desnudando para pasar por él, a llevar a un enfermo el Santísimo Sacramento, atajando tierra, oyendo ésto el generoso Conde, se apeó del caballo en que estaba cazando, y puesto de rodillas adoró al Criador, cuya presencia reconocía el Sacramento: y subiendo al sacerdote en el caballo le encargó a la brevedad y él quedo esperando en la ribera, y le hizo gracia del caballo, diciendo: No quiera Dios que yo ni alguno de los míos vuelva a subir en caballo que ha llevado sobre sí a mi Dios y Criador. Esto repetía el Rey prudente, afirmando que desde este punto había Dios prosperado su familia y casa"⁵⁶. Por lo tanto, se advierte un alto grado de interiorización en las mismas personas de los monarcas del discurso legitimador de su Casa, que sin duda condicionaba no sólo la forma de percepción de los procesos socio-políticos que acontecían en su entorno sino también las actitudes de los soberanos y sus decisiones políticas.

En la Corte madrileña no eran los reyes católicos los principales divulgadores de sus mitos fundacionales. A otros agentes correspondía difundir e interpretar los hechos piadosos de los antepasados regios. El jesuita Rivadeneira incorpora la leyenda del conde Rodolfo a su tratado sobre el *Príncipe Cristiano*, aunque en una versión diferente a la que refería el rey Prudente. El sacerdote que portaba el viático no se desnudaba para cruzar el río, sino que estaba empapado por una copiosa lluvia. El conde le protege con su capa y le acompaña a pie hasta la morada

⁵⁴ "Parangón de la Fe de Austria...", impreso cit., p. 8.

⁵⁵ Sobre la vida y leyenda del conde Rodolfo IV el Fundador vid. A. Wandruszka, *Gli Asburgo*, cit., pp. 34-48. Partiendo de un solar alsaciano-suízo Rodolfo transformó su linaje en Casa de Austria al derrotar al rey de Bohemia Otakar II en la batalla de Marchfeld en 1278, obteniendo los señoríos austríacos (Austrias Alta y Baja, Estiria, Carintia,...) que permanecieron vinculados a su estirpe hasta 1918.

⁵⁶ PORREÑO, Baltasar, *Dichos y hechos del señor rey Don Phelipe Segundo, el Prudente...*, Amberes 1666 (reed. cit., p. 97).

del pobre moribundo, en vez de esperar en la ribera. Tales divergencias nos sirven de indicio de un mito dinámico, de una invención de la tradición en permanente mutación. Felipe II primaba en su relato la sumisión del conde ante el supremo *Criador* que reconoce en el Santísimo Sacramento, manifestando su obediente fe ante el misterio de la transustanciación. En Rivadeneira pasa a primer plano el modesto acompañamiento del viático del futuro emperador, que se encuentra con el pobre enfermo en su casa. A pesar de falta de fijación del mito Rivadeneira coincide en las consecuencias últimas de la reverente acción del conde de Habsburgo: la introducción en el favor divino de la Casa de Austria⁵⁷.

Resultaría muy prolijo detallar la gran resonancia que tuvo la veneración del Viático por el conde Rodolfo como *espejo* ejemplar de comportamiento de un príncipe católico a fines del siglo XVI y durante el siglo XVII. La leyenda aparece tanto en la obra *Della Ragion di Stato* (1589) de Botero como en los *Monita et exempla politica: Libri duo qui virtutes et vitia principum spectant* (1606) escritos por Justo Lipsio y dedicados al archiduque Alberto 'Duci Burgundiae, Principi Belgarum'⁵⁸. También Nieremberg incorpora éste y otros hechos piadosos del emperador Rodolfo I a su galería de predecesores virtuosos de los Austria hispanos⁵⁹. Por su parte, José Pellicer de Ossau y Tovar en *La Fama Austriaca* (1641) argumenta que la púrpura cesárea ya nunca saldría de la Casa de Austria "por la alteza de su Religión, pues vemos que Dios la restituyó mayores Reynos, Imperios y Monarquías... solo por veneración del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, começando a levantarla en Rodulfo el primero Conde de Hapsburg"⁶⁰.

De esta manera, en tiempos de crecientes adversidades para los gobernantes de la monarquía católica el cronista real Pellicer fundamenta el poder de la Casa de Austria en la misma Providencia divina. Mientras sigan los reyes católicos y sacros emperadores gobernado con religión y justicia sus cetros serán tan invulnerables e imperecederos como el propio orden de la naturaleza. Los servicios que la *Domus Austriae* presta a la divinidad le garantizan su inalterable continuidad en los supremos tronos de Europa. A juicio de Pellicer "mereció la virtud de los señores de la Austria, adquirir tanto dominio en el universo. Así lo permitió Dios, así lo decretó, así lo dispuso. Nadie ignora

⁵⁷ DE RIVADENEIRA, Pedro, *Tratado de la Religión y Virtudes que debe tener el Principe Cristiano...*, Madrid 1595 (reed. Biblioteca de Autores Españoles, tomo 60, Madrid 1952, cap. XVI, p. 480): por su acto piadoso el conde Rodolfo "mereció ser origen y fundador de la casa de Austria, la cual está tan extendida, que con su grandeza abraza el mundo y es madre fecundísima de tantos ilustres príncipes, reyes y emperadores [...] fue tanto lo que agradó al rey de los reyes y Señor de todos los imperios esta su humilde piedad, que le hizo padre de tantos y tan gloriosos príncipes como después acá ha habido en la casa de Austria".

⁵⁸ Ya en la dedicatoria fechada en Lovaina a 15 de febrero de 1605 Justo Lipsio le recuerda a Alberto los ejemplos de su virtuosa *stirps*: los Rodolfos, Felipes, Maximilianos y Carlos pero también hace referencia a los Fernandos y Alfonsos de la Casa de Castilla. De hecho, la leyenda piadosa de Rodolfo aparece junto a un milagro que ocurrió al rey Alfonso de Castilla y un elogio del título de Rey Católico (edición de Amberes 1613, Libro I, cap. 3, p. 9). Sobre la significación política de los programas iconográficos de los artistas (en particular de Rubens) vinculados a la corte de los archiduques en los Países Bajos sirva de introducción THEVON-ROPER, H., *Príncipes y artistas. Mecenas y ideología en cuatro Cortes de los Habsburgo, 1517-1623*, Madrid 1992, pp. 153-201. Durante las primeras décadas del siglo XVI la acción piadosa del conde Rodolfo no sólo aparecía en las páginas de los tratados sino también se representaba decorando la arquitectura de una villa palaciega: véase el significado político del ciclo iconográfico (frescos e inscripciones) realizado por Matteo Rosselli en el que se exalta la piedad de la sangre de Austria en la Villa di Poggio Imperiale junto a Florencia (cfr. WANDRUSZKA, A., "Ein Freskenzyklus der 'Pietas Austriaca' in Florenz", *Mitteilungen des Österreichischen Staatsarchivs*, 15, 1962, pp. 495-499).

⁵⁹ *Corona Virtuosa...*, cit., pp. 121-139.

⁶⁰ *La Fama Austriaca, o Historia Panegirica de la vida y hechos del emperador Ferdinando Segundo...*, Barcelona 1641, f. 86.

este favor divino, pues se ha extendido en tan nobilísimos Reynos, Imperios, y Provincias, no con las armas, sino con el derecho; no con usurpación, sino por herencia o afinidad. Cómo pues cabe envidia contra lo que el Altísimo ordena? Quién presume destruir una Magestad que constituyó en el orbe, el Dios mismo que enlaço la oposición de los Elementos? Si es locura querer alterar el sitio o estación de las cosas naturales; cómo escapara el delirio, o de impia afectación desbaratar con político artificio lo que unió la inmutable voluntad? Porque si los Imperios y Reynos no son fundación de los hombres, sino de Dios, y por el reynan los Reyes, no pudo provenir de otro la grandeza de los Imperios Hispano-Austriacos, y procurar contrastarlos es resistir la Providencia"⁶¹.

Las aseveraciones de los autores hispanos sobre la íntima vinculación entre la Casa de Austria y la Providencia de Dios a partir del celo eucarístico de Rodolfo I no se limitaron a la obra de Pellicer. Baltasar Gracián adopta este discurso y lo eleva a una de sus mayores cotas de intensidad en *El político Don Fernando el Católico*, un tratado sobre el arte de fundar y conservar monarquías publicado durante la coyuntura crítica de 1640 cuando las revueltas provinciales en la monarquía católica colapsaron el esfuerzo bélico extremo que las cortes de Madrid y de Viena habían articulado para hacer frente a los ejércitos del Rey Cristianísimo. Según Gracián, la *Catolicísima Casa de Austria* "la ensalcó Dios para ensalçar con ella su Iglesia acabándose las discordias tan antiguas como crueles entre los Federicos Emperadores, y los Sagrados Pontífices, comenzando la paz en el Emperador Rodolfo de Austria.... Casa, que Bolvió los Sumos Pontífices de Aviñon a su Trono de Roma, y mantiene su autoridad suprema. Casa, que la levantó Dios para muralla de la Christiandad contra la potencia Othomana. Casa que la Fortaleció Dios para ser martillo de los Hereges en Boemia, Ungria, Alemania, Flandes, y aun en Francia. Casa que la formó Dios para riquísimo minero de Santos, Emperadores, Emperatrices, Reyes, Reynas, y Archiduques. Casa que la estendió por Dios por toda la redondez de la tierra, para dilatar por toda ella su santa Fe, y Evangelio. Casa que la escogió Dios en la ley de gracia, assí como la de Abraham en la escrita, para llamarse Dios de Austria, Dios de Rodolfo, de Filipe, y de Fernando"⁶². De la Casa de Austria se pasa a la Fe de Austria, de la Fe al Dios de Austria. El cometido de la rama hispana de los Austria en cuanto a la defensa y propagación de la fe romana llevan a la identificación entre catolicismo y linaje. La Casa está orientada a un fin transcendente similar al expuesto en el lema del emperador Federico III de Habsburgo: *Austriæ Est Imperare Orbi Universo*⁶³. Así lo señala el jesuita aragonés al concluir indicando que la Casa de Austria accedió al trono hispano "para dilatadora de su felicísima Monarquía, que el Cielo haga universal. Amén"⁶⁴.

Sobre el conde Rodolfo y la veneración de los Austria al Santísimo Sacramento de la Eucaristía se levantó un complejo discurso legitimador de la *Haus Österreich*. La leyenda del conde traspasó los límites de la escritura; de asunto de tratados se convirtió en imagen simbólica. Un recorrido ha-

⁶¹ Ibid., f. 104.

⁶² *El Político...*, Zaragoza 1640 (reed. facs. Zaragoza 1985), pp. 219-222.

⁶³ La interpretación del A.E.I.O.U. sigue siendo polémica. V.-L. Tapié recoge otros dos hipotéticos significados: "Alles Erdreich ist Österreich Untertan" y "Alca electa juste omnia vincit" (*Monarchia e popoli del Danubio*, Turin 1993 -título original: *Monarchie et peuple du Danube*, París 1969-, pp. 65-66).

⁶⁴ GRACIÁN, B., Ibid., p. 222.

bitual en el entorno de una cultura de marcada impronta visual. Un primer paso sería su inclusión en los libros de emblemas, fuentes comunes de la pintura de la época. En una obra sobre las virtudes del príncipe, la *Emblematum centum, regio-politica* (1653), Juan de Solórzano Pereira recoge el mito fundacional de los Austria, subrayando en el epigrama adjunto que "tanta humildad, y sobrio profetiza, Prole Real, que augusta permanece, Que quien a Dios celebra, y solemniza con el debido culto clara la sucesión que sin fin dura"⁶⁵. De esta forma, durante la segunda mitad del siglo XVII la acción piadosa del rey Rodolfo se interpretaba en términos de salvaguarda divina de la sucesión masculina del linaje de los Austria, tan amenazada por el fallecimiento de los hijos varones de Felipe IV.

El siguiente paso en la difusión del mito fue incluir la reverencia del conde en los programas iconográficos de la arquitectura efímera⁶⁶. Valga como muestra de este proceso la entrada de María Luisa de Orleáns, primera esposa del rey Carlos II, en la Corte madrileña en 1680. En un gran arco situado en la puerta del Sol figuró el acto devoto de Rodolfo I junto a otras imágenes sacras como las *Virtudes*, los Santos Reyes Luis de Francia y Fernando III de Castilla, y el *triumfo de la Fe sobre la Herejía*. En las puertas del arco se representaban las grandes escenas de una *Pietas Eucharistica* que la Casa de Austria renovaba constantemente desde la acción de Rodolfo el Fundador. Uno de los lienzos evocaba el piadoso comportamiento de Felipe IV quien continuó impertérrito siguiendo la procesión del Corpus Christi en medio de una gran tormenta frente a la Cárcel de Corte. En la fachada principal volvía a aparecer Felipe IV acompañando una procesión del Santísimo mientras una cigüeña planeaba sobre el Palacio Real asociándose la devoción entendida como servicio a Dios y la sucesión como resultado del favor celestial. Junto a esta pintura y la de Rodolfo I figuraba un cuadro en el que aparecía la acción que constituye el inmediato precedente de la que tuvo lugar en enero de 1685 con Carlos II como protagonista. Así, en un gran lienzo del arco aparecía la reina Mariana de Austria ofreciendo una silla de manos a un sacerdote que portaba el Santísimo Sacramento⁶⁷. Cabe recordar que durante la regencia diversos tratados ensalzaban a Mariana

⁶⁵ GONZÁLEZ DE ZARATE, J. M., ed., *Emblemas Regio-políticos...*, Madrid 1987, emblema IX, p. 49.

⁶⁶ La cultura simbólica y los móviles políticos de los programas iconográficos que se desplegaban en la arquitectura y la pintura efímeras durante las entradas reales han gozado de diversos estudios, entre otros: YATES, F. A., *Astraea. The Imperial Theme in the Sixteenth Century*, Londres 1975; STRONG, R., *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1650*, Madrid 1988; L. Bryant, *The King and the City in the Parisian Royal Entry Ceremony: politics, ritual and art in the Renaissance*, Ginebra 1986 y J. L. Orozco Pardo, *Christianópolis: urbanismo y contrarreforma en la Granada del Seiscientos*, Granada 1985 (pp. 126 y ss.).

⁶⁷ En la disposición de los lienzos del Arco de la Puerta del Sol se establecía un ostensible paralelismo entre la acción del conde Rodolfo y la de Mariana de Austria: "En las Puertas Colaterales, sobre la una un lienzo, encima del una Cigüeña sobre el Palacio Real, por cuyas Puertas iba entrando la Procession del Santissimo Sacramento, acompañada del señor Felipe IV, y en lo inferior un Sacerdote con el Santissimo sacramento, y aun lado Rodulfo, ofreciendole el Cavallo, y al otro la Reyna Madre nuestra señora, ofreciendole una silla de manos" ("Descripción verdadera y puntal [sic] de la Real, Magestuosa y publica Entrada, que hizo la Reyna nuestra Señora Doña María Luisa de Borbón... con la explicación de los Arcos y demás Adornos de su memorable Triunfo", BNM, Mss. 3927, -f. 4 del impreso). Debajo de estas pinturas una inscripción recordaba la íntima relación entre la adoración al misterio eucarístico y la sucesión de la Casa de Austria: "*Aguila Hermosa, no son/ Acasos, Misterio ha sido/ Del Austriaco Blasón./ Que la Cigüeña el Nido/ Te abra aquí la Religión*" ("Segunda descripción de la real entrada, que la Reyna nuestra señora executó el Sabado 13 de Enero deste año de 1680...", Madrid 1680, BNM, Mss. 3927, f. 137 -f. 1 del impreso-). Sobre las pinturas del arco de la Puerta del Sol, realizadas por Matías de Torres, Claudio Coello y José Donoso, véanse Marqués del Saltillo, "Previsiones artísticas para acontecimientos regios en el Madrid sexcentista (1646-1680)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1947, pp. 386-389; ZAPATA FERNÁNDEZ DE LA Hoz, M.^a T., "Dos grabados de Diego González de Vega para el libro de la entrada de María Luisa de Orleáns", *Archivo Español de Arte*, 242, 1988, pp. 153-160 y R. López Torrijos, *La mitología en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1985, p. 157.

por la virtuosa sangre que corría por sus venas en su calidad dual de "*nieta del Religiosísimo Fernando el Segundo*" y madre del rey "*Carlos el Deseado, Rey que Dios nos ha dado y Sol que nace*"⁶⁸. Mariana, hija de Fernando III y hermana del emperador Leopoldo I, actuó como albacea del legado moral que unía las dos ramas de la Casa de Austria⁶⁹. Al ceder su silla de manos al Santísimo Sacramento Mariana actualizaba la costumbre familiar de eludir las crisis sucesorias ejercitando la *Pietas Eucharistica*. ¿Qué mejor augurio podía aleccionar a la joven esposa cuando atravesase el grandioso arco de la Puerta del Sol camino de palacio? Sin duda, el ejemplo materno estaría presente en el ánimo del rey y de los cortesanos tras cinco años de matrimonio sin descendencia.

Otra muestra de la difusión del mito del conde Rodolfo fue su aparición como argumento de los autos sacramentales que se representaban durante las fiestas de Navidad y Corpus Christi. En *La Gran Casa de Austria*⁷⁰ de Agustín Moreto los santos Ladislao y Margarita triunfan sobre el hereático Wicliff que cuestiona la presencia de Cristo en el sacramento. No en vano descienden los santos del conde Rodolfo, cuyo piadoso encuentro con el viático el demonio maldice acremente. En palabras de éste el conde "*tuvo en esto tanto celo, / Que le ha prometido el cielo / Imperios del norte al sur. / Sus descendientes se van / Dilatando de tal manera, / Que es corta la media esfera / ... / A su imperio sin segundo; / Y para aclamarle solo, / Sacara del otro polo / La cabeza el Nuevo Mundo*". El diablo también se duele durante el auto de "*Que la Casa de Austria sea / Devota del Sacramento / Del altar, me da tormento*" e incluso "*con celo religioso, / Dándome pena inmortal, / Va enseñando cada día / Que es concebida María / Sin pecado original*"⁷¹. Inmaculada y Eucaristía, los pilares dogmáticos de la *Fe de Austria*. Señas de identidad del glorioso linaje de los Habsburgo que comienza para desgracia de herejes y demonios con la piedad de Rodolfo.

Tratados, arquitectura efímera, autos sacramentales,... la leyenda de Rodolfo no sólo era un elemento de ornato sobre el origen y prosperidad de la Casa de Austria sino que, en determinadas circunstancias, se podía convertir en una exigencia *constitucional* castellana. A mediados de 1684 vió la luz un tratado sobre Política Moral. Su autor era el benedictino Francisco de Zárraga si bien diversos indicios apuntan a que la obra se alumbró en el entorno del Colegio Viejo el Mayor de San Bartolomé de Salamanca⁷². En el libro se hace explícita la defensa de los colegiales

⁶⁸ Cfr. el cronista benedictino fray Gregorio de Argaiz, *Corona Real de España por España fundada en el crédito de los muertos...*, Madrid 1668, dedicatoria y p. 240. Desde 1649 hasta 1696, año de su fallecimiento, Mariana de Austria fue la inspiradora y protectora de una rica producción escrita y visual que exaltaba los mitos de la Casa de Austria tanto en Madrid como en las otras cortes y ciudades de la monarquía. Ya en 1649, durante una de las etapas del viaje de Mariana a Madrid, la entrada triunfal de la joven reina en Milán culminó en la plaza del *Duomo* con un gran arco en el que destacaban dos colosos: las estatuas del conde Rodolfo y de Fernando II (cfr. E. Cenzato y L. Rovaris, "Comparvero finalmente gli 'aspettati Soli dell' 'Austriaco Cielo': ingressi solenni per nozze reali", en A. Cascetta, *Aspetti della teatralità a Milano nell' età barocca*, número monográfico rev. *Comunicazioni sociali*, a. XVI, 1-2, 1994, pp. 80-81).

⁶⁹ Los impresos que circulaban por Madrid durante las coyunturas más críticas de la regencia censuraban a la reina Mariana por su política de alianza estrecha con el emperador y por los subsidios enviados al Imperio. Véase NIETO NUÑO, M. (ed.), *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, 2 vols., Madrid 1990-1993.

⁷⁰ Madrid 1664 (reed. Biblioteca de Autores Españoles, tomo 58, Madrid 1952).

⁷¹ *Ibid.*, pp. 551-552.

⁷² Vid. las censuras y aprobaciones del doctor benedictino Iñigo Rojo, catedrático de Filosofía de la universidad de Salamanca, y del colegial mayor Francisco de Venero, que también fue catedrático de Filosofía en la universidad de Salamanca. Zárraga era doctor teólogo y Lector de teología Moral de Santa María la Real de Nájera. Desconozco si Zárraga había nacido en tierras navarras o castellanas.

mayores como cuerpo clave en el gobierno político de la monarquía⁷³. De hecho, la obra está dedicada a un cortesano garrucha de cierto relieve: el colegial mayor Gil de Castejón, consejero de Castilla y de la Cámara. Por lo demás, en diversos pasajes de su escrito Zárraga se erige en *voz del Reino* ante su rey, es decir, en portavoz de los vasallos de la Corona de Castilla. Así, el teólogo benedictino reclama la minoración de unos tributos reales cuyo pago no pueden satisfacer los súbditos castellanos tras varios años de malas cosechas y alteraciones monetarias⁷⁴. Pero Castilla no sólo pide alivio fiscal sino también la sucesión natural en el trono que aleje el fantasma de una eventual guerra dentro sus tierras.

En su tratado Zárraga alude pero no detalla el hecho piadoso del conde Rodolfo: significativamente, da por descontado que las circunstancias de la acción devota son universalmente conocidas y omite describirlas. Pero añade más, pues realiza una arriesgada identificación de la *Pietas Eucharística* característica de la Casa de Austria con la "*Ley Real*" de las Partidas. De la piedad de la *Domus* al antiguo derecho castellano. "Heredaron con la sangre nuestros Católicos Reyes este devoto culto, y en sus leyes estatuyeron *Ir acompañando a la Sagrada Eucaristía siempre que la encontrasen, sin escusarse por lodo, ni por polvo, ni otra causa alguna*". El ejercicio de la piedad pasa de ser una prerrogativa doméstica a convertirse en prescripción legal, sobre todo cuando se aventura la sucesión y se temen los riesgos inherentes a la ausencia de príncipes. Prosigue Zárraga: "A este Gran Monarca [Felipe IV] heredó nuestro Rey y señor Carlos Segundo (que Dios le guarde) y con la Corona sus virtudes, como cada día se manifiesta y se espera en el progreso, no solo la continuación, sino el aumento; por cuya causa, y las virtudes de sus Progenitores, me prometo lograrán, con el favor Divino, estos Reynos la sucession tan deseada". A mediados de 1684 una voz castellana le recuerda en letra impresa a Carlos II lo que prescribe la ley si se encuentra con la Sagrada Eucaristía. Está en juego la sucesión de los Reinos y la *Pietas Eucharística* se ha convertido en una obligación legal⁷⁵.

Por tanto, en enero de 1685 Carlos II era plenamente consciente del significado simbólico de su reverente actitud ante el Cristo sacramentado en las afueras de Madrid. Renovar los rendidos servicios a Dios y a cambio obtener su favor tras cinco años de matrimonio con María Luisa

⁷³ Séneca *Juez de sí mismo, impugnado, defendido, y ilustrado*, Burgos 1684, pp. 7 y 36.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 29: "Confíase, que en atención a las cortas cantidades de moneda, no ha de permitir su Magestad sean los tributos tan subidos, como en tiempo de la mayor abundancia de dinero. Con la tercera parte de la semilla, no puede tributar la tierra lo que redeviaria con dos tercios mas. Los precios han bajado, quanto los caudales han caído. Las Rentas Reales, por la mayor parte, se componen de los precios. Pues como pueden conservar su punto las rentas, si los precios han caído tanto de su punto?". Sobre las reformas monetarias durante el ministerio del duque de Medinaceli y sus consecuencias en la economía castellana vid. COLLANTES PÉREZ-ARDA, E., y MERINO NAVARRO, J. P., "Alteraciones al sistema monetario de Castilla durante el reinado de Carlos II", *Cuadernos de Investigación Histórica*, 1, 1977, pp. 73-98; GARZÓN PAREJA, M., *La Hacienda de Carlos II*, Madrid 1980, pp. 397-416; y A. Domínguez Ortiz, "La Crisis de Castilla en 1677-1687", *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona 1971, pp. 197-217. Un completo estudio realizado por J. A. Sánchez Belén sobre la política fiscal castellana durante el reinado de Carlos II será publicado en breve.

⁷⁵ Séneca *Juez de sí mismo*, cit., p. 17. Zárraga cita entre otras disposiciones legales la ley LXII, del Título IV de la Primera Partida (*Las Siete Partidas glosadas por el Licenciado Gregorio López*, Salamanca 1555 -ed. facs. Madrid 1985-, f. 30). El doctor benedictino había escrito un libro en elogio de Carlos II titulado *Primero Carlos Segundo. Políticas Historiales por España* que no llegó a ser publicado.

de Orleans sin obtener descendencia⁷⁶. En los poemas laudatorios se recordó el momento fundacional de la Casa de Austria con Rodolfo I y los términos por los que el sacerdote garantizaba sucesión ininterrumpida al conde. Ni más ni menos se reclamaba a la divinidad la renovación de tal promesa: "*En Culto del mas alto Sacramento / Repite el Rey Católico de España / Aquella heroica y Religiosa bazaña, / Que a su Estirpe ensalcó hasta el Firmamento. / Miradle, o Rey de Reyes, quan atento / Os cede el trono, os sirve, y acompaña, / Haziendo de una rústica cabaña / Teatro del mas noble rendimiento / Asseguradle, pues, la descendencia, / Y sirva a tan Austriaco exercicio / De exemplar a perpetuos sucessores. / Sea su Escudo vuestra Omnipotencia; / Porque si aora no os mostrais propicio, / Para quando, o gran Dios, son los favores*"⁷⁷.

El código del servicio exige la reciprocidad de la *merced* en ocasión tan precisa⁷⁸. Todos los méritos de la Casa se colocan en la balanza de la Providencia divina. Los impresos recuerdan que "*ocho Santos Canonizados tiene la Casa de Austria*"⁷⁹. Además, los padres del rey Carlos II eran ejemplos de devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Las negociaciones de Felipe IV con la Santa Sede para obtener mayores honras para la Eucaristía en sus reinos y en la misma capilla real manifiestan esta proclividad de los Austria hispanos hacia el dogma del *Pan vivo*: "*Digalo el Quarto Filipo, / cuyo Catbólico pecho / ardía en veneraciones / deste Sagrado mysterio. / A cuyos ruegos humildes / el Papa condecendiendo, / le embió de Quarenta Horas / la Fiesta, y el jubileo*".

6. ¿Casa de Austria o Corona de España?

Como hemos visto, en un día de enero de 1685 Carlos II encontró la oportunidad de emular a sus ancestros pidiendo a Dios la merced de la sucesión. El hecho sucedió en un retirado paraje de las afueras de Madrid y sin embargo estaba íntimamente relacionado con algunos eventos que habían tenido lugar en los arrabales de Viena año y medio antes. Por muchos motivos se puede considerar a 1685 como uno de esos años emblemáticos en los que coincide la aparente culminación de una época con los inequívocos auspicios de un profundo cambio⁸⁰. En 1685 fallece Carlos II Estuardo y comienza el breve reinado de su hermano católico Jacobo II rey

⁷⁶ A mediados de 1685 las tensiones ocasionadas en la Corte por la ausencia de descendencia en la pareja real culminaron en el caso de la *Cantina* que provocó un motín antifrancés y aceleró la caída del duque de Medinaceli (vid. Duque de Maura, *María Luisa de Orleans*, Madrid s. a., pp. 127 y ss.).

⁷⁷ "*Acción Católica, y rendido zelo...*", impreso cit., soneto de un religioso *muy docto de esta Corte*.

⁷⁸ Sobre la ética del servicio-merced y la consideración de Dios como el Dador por antonomasia cfr. A. ÁLVAREZ-OSORIO ALVAREÑO, "El Favor Real: liberalidad del Príncipe y jerarquía de la República", art. cit., pp. 395-404.

⁷⁹ "*Parangón de la Fe de Austria...*", impreso cit., p. 9. Así, los opúsculos se apoyaban en aquellas genealogías que vinculaban a la Casa de Austria con numerosos santos y papas (sobre los cambios en la conciencia genealógica de la Casa según la coyuntura política y las estrategias de sus soberanos consúltese A. Wandruszka, *Gli Asburgo*, cit., pp. 17-24 y A. Lhotsky, "Apis Colonna, Fabeln über die Abkunft der Habsburger", *Mitteilungen des Instituts für Geschichtsforschung*, Viena, 55, 1945).

⁸⁰ Corroboran esta impresión, sobre un periodo que trasciende un año y que puede ceñirse entre 1683 y 1688, los autores y argumentos citados por DUCHARDT, H. (*La época del Absolutismo*, Madrid 1992, pp. 63-64) sobre la crisis de la década de los ochenta.

de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Tras la firma de la tregua de Ratisbona un año antes Luis XIV se encuentra en el máximo apogeo de su reputación en Europa, dilatándose las fronteras occidentales de su Reino dentro del Imperio. Con todo, en Europa se habían sentado las bases para una gradual inflexión en el equilibrio de poderes.

A mediados de 1683 el sitio a Viena por un ejército de 110.000 turcos, tártaros y húngaros había puesto en jaque el legado del conde Rodolfo IV al amenazar al mismo corazón de los ducados austriacos, el gran solar de la Augustísima Casa. Incluso se estaba cuestionando la viabilidad del conjunto de los territorios hereditarios, los *Erbländer*, de la monarquía compuesta fundada por Fernando I. Pero de nuevo el Fénix austriaco se mostró capaz de pasar de la amenaza de ruina al esplendor. Los ejércitos imperiales y polacos, tras romper el cerco de Viena en la batalla de Kahlenberg (12 de septiembre de 1683), se volcaron en un decidido y constante avance hacia el este con el apoyo de los aliados de la Sacra Liga, proceso que durará cinco años hasta culminar con la ocupación de Belgrado en 1688. Toda la Cristiandad europea siguió a través de la prensa impresa los jalones de una contienda que permitió a la Casa de Austria regir el conjunto del *Regnum Hungariae*. Por ello, Carlos II descendió de su carroza ante el viático en unos tiempos en los que resurgían con renovado vigor las antiguas concepciones providencialistas de la *Haus Österreich*. Las aclamaciones populares habían acompañado al propio Rey Católico cuando el 8 de noviembre de 1683 se dirigió a caballo a rendir gracias a Nuestra Señora de Atocha y al *Dios de Austria* por la victoria conseguida contra los turcos unas semanas antes⁸¹. A Carlos II le correspondía la jefatura moral de la Casa en su condición de legítimo heredero de la rama principal de la *gens* austriaca. Ante la lluvia de mercedes divinas que la Providencia divina dispensaba por fin a su estirpe, Carlos solicitaba al Creador que no olvidase que en Madrid todavía faltaba un heredero de su sangre.

Detrás de los fastos y las alegrías motivados por las novedades publicadas de la guerra contra el Turco subyace un resquemor, una profunda inquietud que se extendía mes a mes entre los ministros de la Corte⁸². *Österreich über alles, wenn es nur will*, en palabras del camerlista Philipp Wilhelm von Hörnigk⁸³. Apoteosis de Viena y eclipse creciente en Madrid. Gloria para la Casa de Austria e incógnitas para la futura sucesión a la Corona de España. El giro de la Corte de Viena hacia el este había tenido trágicas consecuencias para la monarquía católica en el círculo borgoñón. Las *reuniones* de Luis XIV estaban royendo las fronteras occidentales de los Países

⁸¹ Vid. las relaciones impresas "Salida en publico, a cavallo del Rey...", Madrid 1683, y B. de Robles, "Breve delineación de la gran salida...", Madrid 1683.

⁸² Al igual que en el resto de Europa, entre 1683 y 1688 se publicaron en diversas ciudades de España decenas de *relaciones verdaderas* sobre los progresos de las armas imperiales y de la Liga Sagrada en su lucha contra el Imperio Otomano. El éxito de venta de tales papeles dió aliento a la elaboración de una historia en cinco tomos de la guerra contra el Turco, escrita por el borgoñón Francisco Fabro Bremudans y dedicada a Mariana de Austria (*Flora histórico de la guerra movida por el Sultán de los Turcos Mehemet IV contra el augustísimo Leopoldo primero, Emperador de Romanos*, Madrid 1684-1690).

⁸³ Vid. W. EVANS, R. J., *La monarquía de los Habsburgo (1550-1700)*, Barcelona 1989, p. 150.

Bajos reales y culminaron con la conquista francesa de Luxemburgo en una guerra sin esperanza. Leopoldo I sacrificaba los intereses de la monarquía de España y del cuerpo germánico para seguir los consejos proféticos de Marco de Aviano y su Cruzada oriental⁸⁴. En Viena descendía la influencia política del embajador del Rey Católico, marqués de Borgomanero, y de los ministros favorables a prestar auxilio a la otra rama de la Casa, humillada impunemente por Luis XIV⁸⁵. La consolidación del cambio de la correlación de fuerzas que tuvo lugar durante la década de los ochenta confirmó el cambio de tendencia iniciado con la paz de Westfalia y que sería sancionado tras la larga Guerra de Sucesión por la Corona de España. Austria y, en menor medida, Bohemia estaban sustituyendo a Castilla como corazón de los recursos de la Casa de Austria. El centro moral de la *gens* austriaca dejaba de ser Madrid y pasaba a una Viena convertida en esplendorosa cabeza de una pujante monarquía danubiana que ya no aspiraba —o no la dejaban aspirar— a ser universal.

Empezamos estas páginas comentando un grabado realizado por Romeyn de Hooghe y las acabamos describiendo otro del mismo autor. La estampa representa la triunfal entrada de Leopoldo I de Austria en Bruselas después de la derrota de los turcos en Buda en 1686⁸⁶. Sobre un carro guiado por la Fe marcha el emperador seguido por una procesión de prisioneros otomanos que se arrastran lastimosamente bajo las cabezas decapitadas de otros turcos clavadas en puntas de lanzas. Una imagen del Hércules austriaco bastonando a los vencidos acompaña al emperador, mientras que ante el carro marchan sus ejércitos victoriosos con los estandartes de las principales ciudades conquistadas en el reino de Hungría. Hay un detalle idéntico al del grabado que representaba a Carlos II cediendo su carroza al viático. El cielo se abre sobre la cabeza de Leopoldo I y aparece la figura de la Iglesia rodeada de nubes. La *medianera* de la Providencia divina ofrece sus mercedes al emperador. Mientras que Carlos II aparecía arrodillado y suplicante, su tío y cuñado Leopoldo I adopta un ademán de majestuosa autoridad y decisión⁸⁷. No en vano su hijo primogénito Joseph había sido coronado rey de los romanos en aquel mismo año y, pocos meses antes, la emperatriz Eleonora de Pfalz-Neuburg había dado a luz al archiduque

⁸⁴ Sobre el capuchino véanse las observaciones de MOZZARELLI, C., "La Corte, il Consiglio e la Grazia. Riflessioni sulla politica seicentesca in margine al caso di padre Marco d'Aviano", en SIMONATO, R. (comp.), *Marco d'Aviano e il suo tempo. Un cappuccino del Seicento, gli Ottomani e l'Impero*, Pordenone 1994, pp. 293-310.

⁸⁵ Sobre el papel relevante de Borgomanero en el consejo del emperador y la protección que dispensa al joven Eugenio cfr. MCKAY, D., *Eugenio di Savoia. Ritratto di un condottiero 1663-1736*, Turín 1989, pp. 5 y 20. El intento por implicar al emperador en la defensa de los Países Bajos Reales nombrando gobernador de ellos al marqués de Grana, embajador cesáreo en Madrid, no dió los frutos esperados. Ante la constante agresión de las reuniones Borgomanero esperaba interesar a Leopoldo a través de las garantías que debían gozar los territorios como pertenecientes al Círculo Burgúndico (AGS, Estado, leg. 3868, consultas del Consejo de Estado 20 agosto 1681 y 23 octubre 1681). Sobre las facciones en la Corte aristocrática de Leopoldo I y la expansión hacia el Este vid. J. Bérenger, *Finances et absolutisme autrichien dans la seconde moitié du XVIIIème siècle*, París 1975; J. P. Spielmann, *Leopold I of Austria*, Londres 1977; VIERHAUS, R., *Weltmacht des Barock. Österreich in der Zeit Kaiser Leopolds I.*, Viena 1961 y R. Bireley, "Confessional Absolutism in the Habsburg Lands in the Seventeenth Century", en Ch. Ingrao (ed.), *State and Society in Early Modern Austria*, West Lafayette (Indiana) 1994, pp. 36-53.

⁸⁶ Vid. la lámina en LANDWEHR, J., *Romeyn de Hooghe, the etcher...*, cit., p. 131.

Carlos. La Corona imperial se asentaba firme en la rama fernandina de la Casa de Austria mientras que la Providencia se mostraba esquiva con los parientes hispanos, a pesar de las públicas demostraciones de *Pietas Eucharistica*.

El interés de este grabado de temática imperial trasciende a los móviles coyunturales que explican su realización. Evidentemente Leopoldo I no entró en Bruselas en 1686, pero la facción holandesa de Guillermo III pretendía implicarle en el empeño de poner límite a las ambiciones territoriales de Luis XIV. Los recursos de la monarquía de España se habían mostrado insuficientes para contener la expansión renana del rey Sol. La liga defensiva de Augsburgo asumió las aspiraciones holandesas a una *barrera* estable que resguardase a las Provincias Unidas de las agresiones de Francia. Pero la imaginaria entrada de Leopoldo I no era en Estrasburgo sino en Bruselas: en las provincias de la Casa de Austria hispana. Los miembros de la *Domus Austriae* conservaban una antigua tradición doméstica que les permitía reivindicar los inalienables derechos colectivos de la Casa a heredar aquellos territorios regidos por alguna de sus ramas en los que faltaba la inmediata sucesión⁸⁷. Una inscripción ilustraba la ficticia entrada del emperador en Brabante: "*Divo et Invictissimo Leopoldo I*". Sobre ella dos ángeles sostenían no ya el escudo imperial sino las armas de Castilla y León. La Providencia parecía ofrecer a Leopoldo lo mismo que le había negado a Carlos.

Como es bien sabido Carlos II jamás tuvo hijos. La Casa de Austria perdió el trono hispano durante la Guerra de Sucesión cuando los gabinetes de las potencias marítimas intuyeron que el destino confabulaba para resucitar el espectro de una monarquía universal de cuño austriaco. A título de compensación el emperador Carlos VI se convirtió en duque de Brabante, conde de Flandes, rey de Nápoles, duque de Milán y rey de Cerdeña⁸⁹. La *Virtud Coronada* de Carlos II ya no en-

⁸⁷ Al contrastar la disposición física de ambos Austrias en los dos grabados de De Hooghe no se subestiman las notables representaciones de Leopoldo I genuflexo ante la divinidad. Un ejemplo evidente lo constituye la columna de la peste en el Graben, en la que intervinieron el arquitecto J. B. Fischer von Erlach, el decorador Burnacini y los escultores Frühwirth, Kracker, Gunst, Rauchmüller y Strudel (sobre su significación simbólico-sacral vid. TAPIÉ, V.-L., *Monarchia e popoli del Danubio*, cit., pp. 182-183).

⁸⁸ El principio de la herencia indivisa y de la infeudación complesiva "*zur gesamten Hand*" aplicado por la Casa de Austria desde sus orígenes hasta el siglo XVII favorecía las divisiones entre ramas pero también una unidad territorial de fondo bajo la disciplina de la Casa que, reforzada con las *Hausordnungen* y los enlaces matrimoniales domésticos, permitía la agregación de señoríos sin sucesión como en 1665 el condado del Tirol y diversas tierras alsacianas (vid. WANDRUSZKA, A., *Gli Asburgo*, cit., pp. 32 y 116, y V.-L. Tapié, *Monarchia e popoli del Danubio*, cit., pp. 60 y 155). Leopoldo I no dudó en aferrarse a estos derechos inalienables de la Casa de Austria a la Corona Católica (vid. una aproximación un tanto superficial a este problema en FREY, L. y L., *A question of empire. Leopold I and the war of Spanish Succession, 1701-1705*, Nueva York 1983).

⁸⁹ Durante casi toda su vida Carlos VI conservó sus aspiraciones, expresas o recónditas según la coyuntura, a la Monarquía de España. Vid., entre otros, VOLTIS I BOU, P., *L'Arciduc Charles d'Autriche, Roi des Catalans*, Barcelona 1967; V. León Sanz, *Entre Austrias y Borbones. El archiduque Carlos y la monarquía de España, 1700-1714*, Madrid 1993 y AA.VV., *Dilatata l'Impero in Italia. Asburgo e Italia nel primo Settecento en Cbetron*, 21, 1994. Coherente con esta idea de continuidad de la Corona de España en la Casa de Austria fue no sólo la creación del Consejo de España en Viena sino también la persistencia del 'estilo' iconográfico de los Austria hispanos, reivindicándose la misma figura de Carlos II por algunos ministros españoles del entorno imperial. Sobre los proyectos iconográficos de Carlos VI vid. MATSCHI, F., *Die Kunst im Dienste der Staatsidee Kaiser Karls VI. Ikonographie, Ikonologie und Programmatik des "Kaiserstils"*, 2 vols., Berlín 1981.

contró glosadores en la Corte madrileña tras el cambio dinástico⁹⁰. Más de siglo y medio después de que sucediesen los hechos que he narrado otro soberano de la Casa de Austria repitió el gesto de piedad eucarística del conde Rodolfo. Pero la devota acción ya no tuvo lugar en las afueras de Madrid sino en el *Prater* de Viena. Tampoco era un auténtico Austria sino más exactamente un Habsburgo-Lorena, el emperador Francisco José, otro gobernante que como Carlos II falleció antes de contemplar la desmembración de los territorios europeos de su monarquía compuesta⁹¹.

Epílogo semántico: Rey, Casa, Corona y territorio. Reflexiones sobre estrategias de legitimación

Al analizar la tratadística histórico-política del siglo XVII conviene individuar los sujetos que se erigen en los verdaderos protagonistas de los discursos legitimadores de la realeza. Aunque con frecuencia tiendan a superponerse se pueden establecer cuatro grandes categorías constitutivas: el Rey (en su doble naturaleza de persona y dignidad), la Casa dinástica, la Corona y los sujetos vinculados al territorio (de dimensión variable desde Castilla a los Reinos de España o la *Católica Monarquía de España*). Cada una de estas instancias arrastraba su propia constelación de mitos y símbolos. Sin embargo, la división temática no era en absoluto rígida y los argumentos se entrelazaban con un notable grado de versatilidad. Los teólogos, letrados y cronistas autores de tratados también modificaban la orientación de sus obras panegíricas de la realeza según la coyuntura y los protectores. Pero esto no impide que se puedan advertir ciertas fracturas en el pensamiento político.

La fase final de la guerra de los Treinta Años alertó sobre los riesgos de supeditar las decisiones de *estado* a una lógica fundamentalmente doméstica. Sin cuestionar a fondo los paradigmas patrimoniales tan enraizados en el arte de gobierno convenía articular contra-

⁹⁰ Con la excepción de algunos epitafios y jeroglíficos tras su muerte, como entre otros los recopilados por Antonio de Zamora en la *Fúnebre numerosa descripción de las Reales Escoquias que a nuestro difunto Católico Monarca Carlos II...* Como contraste, el hermanastro de Carlos II, Juan José de Austria, mereció un tratado laudatorio de sus virtudes (*Noticia de la vida interior, y elogio de las Virtudes del Sermo. Señor Don Juan de Austria*, Pamplona 1767, escrito por su confesor Miguel Frías) con vistas a su beatificación, que analiza VON KALNEIN, A., en "Eruditos de Aragón y Don Juan José de Austria", *Revista de historia de Jerónimo Zurita*, 59-60, 1989, pp. 48-50. Felipe V eludió cualquier identificación con Carlos II y con la misma Casa de Austria ya fuese por su empeño en crear una nueva imagen para su reinado y su dinastía, o como consecuencia del interés por contrarrestar los tópicos de la publicística del archiduque Carlos, que subrayan la continuidad entre Carlos II y Carlos III de Austria. Con todo, el arquetipo de príncipe político-cristiano propuesto por Saavedra Fajardo y Portocarrero mantuvo su vigencia cuanto menos hasta mediados de siglo. Además, durante la guerra los excesos cometidos en iglesias y monasterios por las tropas inglesas y holandesas en los ejércitos del archiduque favorecieron un reforzamiento de los atributos católicos en la imagen de Felipe V (MORÁN TURINA, M., *La imagen del Rey. Felipe V y el arte*, Madrid 1990, pp. 12-35). Un curioso ejemplo de la identificación entre Carlos II y Carlos III de Austria se encuentra en la sustitución de la cabeza de un rey por otro en el grabado de Romeyn de Hooghe que representaba la *Alegoría del Rey de España* (cf. LANDWEHR, J., *Romeyn de Hooghe, the etcher...*, cit., pp. 235-237, donde se puede seguir paso por paso la manipulación de la estampa). Desde su coronación como emperador Carlos VI continuó reivindicando la memoria de Carlos II y de sus antepasados hispanos tanto en Viena como en los territorios europeos de la monarquía de España que le correspondieron en los tratados de paz (vid. ÁDARÉZ-OSSORIO ADARÍN, A., "Restablecer el Sistema: la Corte de Viena y el Estado de Milán, 1716-1720", en VISNARA, P. (comp.), *Milano nel Primo Settecento*, Milán 1996).

⁹¹ El suceso referido tuvo lugar en 1852 (cf. BÉRENGER, J., *El Imperio de los Habsburgo, 1273-1918*, Barcelona 1993, p. 23).

pesos ideológicos que ofreciesen una vía de salida en caso de que el providencialismo dinástico acabase por empujar al abismo a la monarquía. En el primer lustro de la trágica década de 1640 Diego de Saavedra Fajardo escribió un tratado con el que iniciaba un vasto proyecto titulado *Corona Gótica, Castellana y Austriaca*. El libro vio la luz en 1645 en una ciudad simbólica, Münster, donde se celebraba el Congreso destinado a sancionar una nueva relación de fuerzas en Europa y a cerrar el ciclo de guerras confesionales. En la advertencia al lector Saavedra Fajardo señalaba que su objetivo primordial al escribir la *Corona Gótica* consistía en establecer "los principios de la Monarquía de España, no los de la prosapia de sus Reyes". Por tanto, no intentaba reconstruir una genealogía de la estirpe de los monarcas godos sino describir sus reinados como soberanos de un territorio, de una tierra de fronteras imprecisas pero con solar 'castellano' y dimensión en origen peninsular. En el Congreso de Münster Saavedra Fajardo había comprendido la conveniencia de publicar una historia que "mostrase claramente los derechos legítimos en que se fundó el Reino y Monarquía de España y las que tiene a diversas provincias, los cuales consisten más en verdad de la historia que en la sutileza de las leyes". La narración de los reinados de los monarcas godos debía servir al príncipe Baltasar Carlos y al resto de los lectores para aprender los principios prácticos del arte de gobierno. La historia era maestra de la prudencia y los godos fundaron su monarquía "con no menor prudencia que valor"⁹². Las virtudes y vicios que caracterizaban a cada soberano habían determinado la suerte de su reinado. Pero en la obra el auténtico protagonismo no corresponde a los reyes sino a su sucesión en el tiempo: a la Corona. Una Corona que permanece aunque cambien las Casas que la ostentan. Corona gótica primero, castellana después —y jamás árabe en cuanto que por esencia cristiana— y austriaca en los siglos recientes. Durante el reinado de Carlos II el cronista Alonso Nuñez de Castro continuó la labor iniciada por el diplomático murciano glosando la historia política de la Corona Castellana⁹³. La tercera parte proyectada, la Corona Austriaca, significativamente ya nunca saldría a la luz.

De *Corona Real de España* también trató el cronista benedictino Gregorio de Argaiz en su obra homónima publicada en 1668 y dedicada a Mariana de Austria⁹⁴. Prescindamos de observaciones positivistas sobre los falsos cronicones de los que se nutre este libro: interesa de nuevo el sujeto, la Corona de España, esta vez fundada no ya por los godos sino por el rey Tubal. El *tubalismo* fue una corriente ideológica que en autores como Baños de Velasco se podía traducir en una propuesta socio-política muy precisa: la hegemonía como estamento dominante y grupo dirigente de la aristocracia *indígena* vinculada esta vez a una Corona cántabra y española,

⁹² *Corona Gótica*, ed. Madrid 1944, citas pp. 25 y 29 ("Al Lector"). Sobre el goticismo como discurso de aproximación a los diplomáticos suecos en Münster cfr. MURILLO FERRAZ, F., *Saavedra Fajardo y la política del barroco*, Madrid 1957, pp. 140-142.

⁹³ Nuñez de Castro afirmaba que para comenzar la Corona Castellana se había servido de algunos originales que dejó inacabados Saavedra Fajardo. Vid. *Coronica de los Señores Reyes de Castilla...* (Madrid 1665) y las tres nuevas partes de *Corona gothica, Castellana y Austriaca* (Madrid, 1671; Amberes, 1681; y Amberes 1687).

⁹⁴ *Corona Real de España por España fundada en el crédito de los muertos...*, Madrid 1668, cit..

y no gótica⁹⁵. Pero también a través del tubalismo se fortaleció la noción 'autónoma' de una Corona de España que permanecía constante (en su confesión religiosa, en la configuración de su cuerpo social, i hasta en su lengua arcaica!) mientras las dinastías se sucedían en el trono.

Por tanto, la Corona permitía el deslizamiento de los conceptos de Rey y de Casa reinante hacia la noción de territorio⁹⁶. Con todo, la Corona de España en puridad no existía y formalmente la *monarquía de España* estaba compuesta por cuatro Coronas Reales: Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, con sus respectivos reinos, estados y señoríos⁹⁷. La representación

⁹⁵ El tubalismo se convirtió en uno de los elementos fundamentales en la construcción imaginaria de un pasado hispano, figurando en gran parte de las cosmologías de cada una de las esferas en las que se descomponía el territorio (entramados regnicolas, repúblicas urbanas, corporaciones eclesiásticas a escala local y provincial,...). En las obras y genealogías de Baños de Velasco el mito del rey Tubal, de Argantonio, de los irreductibles cántabros y de la lengua antigua de España se traduce en una propuesta de orden socio-político. Entre otros escritos de Baños sirva de ejemplo *El ayo y maestro de Príncipes Séneca en su vida*, Madrid 1674 (pp. 2-50), donde se desborda el género de la *Laudes Hispaniae* para propugnar un tubalismo antigotista (frente a los orígenes supuestos de Alemania, Francia y Suecia) que parte del presupuesto de que "los señores Reyes de España no eran godos" pues "Pelayo no era godo, ni a los Reyes de España resultava alguna gloria por descender de los Godos, pues evidentemente era más noble, y clara generación la de los mismos Españoles descendientes de Tubal, progenitor de los verdaderos Españoles, que de los Godos Estrangeros poco avia tendos por Bárbaros que andavan peregrinando por el Mundo" (p. 37 y, en general, pp. 36-40). En otro lugar se tratará más detenidamente la compleja polémica entre Nuñez de Castro y Baños de Velasco. Por tanto, el interés del tubalismo trasciende el de la constatación científica de su inverosimilitud, aunque la refutación de los mitos de cada patria sirva para desacreditar las argumentaciones histórico-legendarias de los nacionalismos presentes (J. Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Madrid 1868 y J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia*, Barcelona 1991).

⁹⁶ Ya entrado el siglo XVIII el *Diccionario de la lengua castellana compuesto... por la Real Academia Española* (tomo II, Madrid 1729, reedición facs. Madrid 1990, pp. 600-601) recoge dos acepciones principales del concepto 'Corona'. El primer significado consiste en la representación simbólica de la soberanía: "insignia privativa de la magestad, que explica la suprema potestad que en ella reside". Y el segundo se adentra en la noción de territorio: "Por cierta especie de figura Synecdoche, que toma el signo por el significado, se usa frecuentemente para significar el Reino u la Monarchia: como La Corona de España, la Corona de Francia". Y a continuación se citan dos fragmentos de las obras de Mariana y Saavedra Fajardo donde significativamente sólo se hace referencia a la "Corona de Castilla" y a la "Corona de Navarra". Aunque como he señalado diversos autores articulasen a lo largo del siglo XVIII una noción de Corona Real de España, parece evidente que entre las obras que figuran en el repertorio utilizado por la Real Academia (entre las que aparece la *Corona Gótica* de Saavedra Fajardo) se encontrasen con más facilidad y frecuencia las alusiones a las tradicionales Coronas Reales hispanas (Castilla, Aragón, Navarra y Portugal) y no a la nueva reformulación del concepto de Corona Real de España. Sin embargo, con Felipe V se emplea con frecuencia el término "mi Corona" y "Corona de España" en multitud de decretos y disposiciones legislativas. Al menos durante los primeros años de su reinado he podido constatar en los despachos vinculados al gobierno provincial una reiteración de este término que no aparecía con tanta asiduidad en las órdenes reales durante el reinado de Carlos II. Me permito subrayar, a la espera de un examen más detenido de la semántica política utilizada durante los primeros lustros del gobierno de Felipe V, la pista que nos ofrece el *Diccionario* alterando el orden de la frase original: como *La Corona de Francia, la Corona de España*. Por lo demás, en los testamentos de los reyes hispanos de la Casa de Austria sólo se encuentra una mención a "la Corona de España" vinculada a la compleja situación jurídica de los Países Bajos que formaban parte del Sacro Imperio al ser el componente principal del Círculo Burgúndico. En la cláusula 34 del testamento de Felipe III se indica que los Estados Bajos son "mayorazgo indivisible y inseparable desta Corona d' España" (cit., p. 43), lo que implica un considerable giro semántico e ideológico si se tiene en cuenta que en la última voluntad de Felipe II se otorgaban a los archiduques en calidad de "feudo de la Corona de Castilla" (*Testamento de Felipe II*, cit., p. 99).

⁹⁷ *Testamento de Felipe IV*, ed. cit., cláusula 10, donde se instituye por universal heredero a Carlos de "todos los dichos mis reynos, señoríos y estados" pertenecientes a la Corona Real de Castilla, la Corona Real de Aragón -donde se incluían a los reinos de Nápoles y Sicilia desde el testamento de Felipe II-, la Corona Real de Navarra y la Corona Real de Portugal, mencionando además al Estado de Milán y a los estados de Borgoña, Brabante, Limburgo, Luxemburgo, Gueldres, Flandes y las demás provincias, estados, dominios y señoríos de los Países Bajos (pp. 15-17). En la cláusula 14 del testamento de Carlos II ya no se hacía referencia a la Corona Real de Portugal ni al ducado y condado de Borgoña (*Testamento de Carlos II*, cit., pp. 55-59).

pictórica del rey junto a una Corona, tan marginal mientras reinaron los miembros de la rama carolina de la Casa de Austria, se convirtió en un tema habitual en las imágenes de los contendientes de la Guerra de Sucesión⁹⁸. Los diplomáticos europeos, que con la lejanía perdían los matices del problema constitucional-semántico, lo tenían claro: estaba en juego la Corona de España. Carlos II, cabeza principal de la Casa de Austria en su calidad de legítimo heredero del emperador Carlos V, renunció a sus deberes domésticos a fin de preservar la integridad del cuerpo de la *Monarquía de España* a través de la designación de un vástago de la Casa de Borbón. La aparición en escena del concepto indivisible de la monarquía de España no era novedosa puesto que el sujeto ya había sido alumbrado en el ámbito teórico por un nutrido elenco de escritores a lo largo de la centuria, tendencia que había culminado justo en 1700 con la publicación del *Theatro Monárquico de España* del influyente arzobispo de Toledo Pedro Portocarrero y Guzmán⁹⁹. Y la causa de la monarquía de España tenía sus valedores en la Corte y los reinos entre los que destacaban la aristocracia hispano-italiana del Consejo de Estado, los letrados colegiales mayores, los secretarios y diversos grupos de magnates provinciales dispuestos a cambiar de Casa para conservar la Corona. La monarquía era algo más que unos dispersos *Erbländer* de la rama occidental de la Casa de Austria que sólo tuvieran en común el Rey, la Corte, algunos principios de cultura política y una ideología confesional en la que destacaba la *Pietas Austriaca*. Se trataba de una monarquía católica pero con apellido, con denominación que indica la preeminencia desde mediados del siglo XVI de una de las áreas geográficas que la componen: los Reinos de España.

Incluso los reveses militares en la guerra de Messina habían provocado que un sector de la aristocracia y de los ministros supremos proyectase desligarse de los reinos y señoríos europeos extrapeninsulares. Así lo advierte al cardenal Barberini su agente en Madrid en julio de 1676: "La condotta di questa Corona va a peggiori successi per che qui non si applica a soddisfazione de Principi amici, ne Vasalli lontani, et già si accomodano alcuni di questi Signori all' odio suo concetto di dire, che il suo Rè colle sue Spagne, sarà sempre un Gran Monarca"¹⁰⁰.

⁹⁸ En ausencia de trabajos precisos sobre la iconografía de ambos pretendientes durante la guerra sirva la sugerente perspectiva general de los argumentos de cada bando expuesta por PÉREZ PICAZO, M.^a T., en *La publicística española en la Guerra de Sucesión*, 2 tomos, Madrid 1966.

⁹⁹ Aunque Portocarrero dedicase las páginas iniciales del libro a los medios utilizados para el *aumento* de una monarquía (poniendo como ejemplo a Fernando el Católico) el principal objetivo del tratado consistía en establecer los medios útiles para la *conservación* del cuerpo de la monarquía de España (*ibid.*, Madrid 1700, pp. 94-312) y prevenir las causas de su ruina (pecados, mala administración de justicia, sedición, venta de oficios de justicia y gracia, pérdida del traje nacional,...). A través de la prudencia política el rey católico debía conservar íntegra su monarquía siguiendo el ejemplo de Carlos V, arquetipo del príncipe conservador que sigue las leyes de la prudencia (pp. 96-98).

¹⁰⁰ Biblioteca Apostolica Vaticana, Barb. Lat., 9871, f. 209 (Madrid, 8 julio 1676). Tales rumores surgieron en el Gobierno de Corte en una situación crítica tras la derrota de la flota hispano-holandesa en los mares de Sicilia y ante el avance de los ejércitos franceses en los Países Bajos una vez ocupado el Franco Condado. Durante el reinado de Carlos II aunque en el Consejo de Estado se debatieran diversos proyectos para establecer una cierta desvinculación de los Países Bajos Reales, resulta poco habitual encontrar fórmulas semejantes para los reinos y estados de una Italia que por lo general conservó su *quietud*.

La guerra de sucesión provocó la desmembración del cuerpo de la monarquía católica de España y el alumbramiento traumático de una España decididamente peninsular con proyección americana. Durante la primera mitad del siglo XVIII se fue diluyendo la definición europea de la Monarquía de España, aunque en Viena un grupo de exiliados mantuviese en el Consejo de España las aspiraciones universalistas y la defensa de la vieja planta del cuerpo político de la monarquía desmembrada. Tras la guerra la noción de la Corona de España cobraba más nitidez, a costa de limitarse y perder su vocación universal. Felipe V, Rey Católico de las Españas, podía orientar la política de estado según los intereses patrimoniales de las Casas Borbón-Farnese (al igual que los primeros reyes de Inglaterra, Escocia e Irlanda de la Casa Hannover) y establecer *Pactos de Familia* con los otros soberanos europeos de la Casa de Borbón. Pero el propio advenimiento de una *Corona Borbónica* dificultaba considerablemente la consideración de los reinos y señoríos hispanos como un mero agregado patrimonial de dominios que pertenecían exclusivamente a una Casa.